

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

25

**VIDA Y PENSAMIENTO
DE FELIX VARELA**

I

VARELA, MÁS QUE HUMANO,

por Francisco González del Valle

VALORACIÓN FILOSÓFICA DE VARELA,

por Miguel Jorrín

POSICIÓN FILOSÓFICA DE VARELA,

por Antonio Hernández Travieso



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Raúl G. Menocal

1 9 4 4



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Nota Preliminar

La eximia figura de Félix Varela y Morales, grande por su pensamiento, por su conducta, por su fecunda acción renovadora en la vida intelectual cubana y por el sabio y valeroso civismo con que propugnó desde 1824 la absoluta independencia de Cuba, ha resurgido últimamente al plano de la actualidad, con motivo del acuerdo adoptado unánimemente por el Segundo Congreso Nacional de Historia organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales con la colaboración de esta Oficina del Historiador de la Ciudad y celebrado en La Habana del 8 al 12 de octubre de 1943. Dicho acuerdo, que respondió a moción presentada por el Presidente del Congreso, Monseñor Eduardo Martínez Dalmau, dice textualmente:

“El Segundo Congreso Nacional de Historia acuerda rendir tributo de excepcional veneración a la figura del gran pensador y patriota cubano Pbro. Félix Varela y Morales, proclamándolo como el primer revolucionario de Cuba, por haber sido quien expresó por primera vez en nuestra historia la necesidad de la absoluta independencia; reconocer la importancia de que su personalidad y su actuación alcancen mayor reconocimiento y admiración popular y a ese objeto encargar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que efectúe todas las gestiones necesarias para la publicación de una edición nacional de las “Obras Completas del Padre Félix Varela”, en la que se incluya la traducción de los trabajos en inglés de Varela descubiertos recientemente, y solicitar del Gobierno de la República una emisión de sellos en que se reproduzca la efigie del insigne cubano”.

Esta moción y acuerdo habían sido precedidos de otro tributo rendido a Varela por el Presidente del Congreso, al consagrarle el vibrante y valiente discurso que pronunciara en el acto inaugural del mismo.

Nosotros nos complacemos en reconocernos precursores de este movimiento encaminado a la merecida exaltación de aquel cubano

entre todos ilustre, ya que desde 1935 redactamos personalmente una serie de trabajos sobre la significación, casi desconocida entonces, de Félix Varela en el movimiento independentista, y esta Oficina del Historiador de la Ciudad cooperó a la celebración del ciclo de conferencias organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que se celebró en el Palacio Municipal del 11 de marzo al 13 de mayo de 1942, y en el que distinguidos intelectuales realizaron un estudio muy interesante de la multiforme personalidad de Varela, dividido en los siguientes puntos, que corresponden a los diversos aspectos en que sobresaliera aquel gran maestro de cultura y cubanidad.

1. Varela, más que humano, por *Francisco González del Valle*;
2. Valoración filosófica de Varela, por *Miguel Jorrín*.
3. Posición filosófica de Varela, por *Antonio Hernández Travieso*.
4. Significación literaria de Varela, por *José Antonio Portuondo*.
5. Teoría y práctica pedagógica de Varela, por *Diego González*.
6. Varela revolucionario, por *Enrique Gay-Calbó*.
7. Varela y la ciencia, por *Manuel F. Gran*.
8. Ideario y conducta cívica de Varela, por *Manuel Bisbé*.
9. La idea teológica en la personalidad de Pbro. Félix Varela, por *Domingo Villamil*.

La Oficina del Historiador de la Ciudad se complace en ofrecer ahora al público dichos trabajos, en una serie de tres Cuadernos de Historia Habanera, de los cuales es éste el primero, y cada uno contendrá tres conferencias.

Y para completar esta labor divulgadora con la cual cumplimos gustosamente la recomendación del Segundo Congreso Nacional de Historia, publicaremos también, en un cuarto Cuaderno dedicado a Varela, un resumen de los mencionados artículos que dimos a la prensa en 1935, con el título de Varela en "El Habanero", precursor de la revolución cubana, y el trabajo sobre La ortodoxia del pensamiento filosófico y político del Pbro. Félix Varela, presentado a dicho Segundo Congreso Nacional de Historia por Monseñor Martínez Dalmau, en el que aparecen ampliamente explicados los conceptos y juicios que su autor resumió en el aplaudidísimo discurso a que hemos hecho referencia.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Historiador de la Ciudad de La Habana.

Varela, más que humano,

por Francisco González del Valle

Antes de entrar en el asunto propio de mi discurso, quiero decir, a manera de advertencia, estas palabras:

Debía haber un vocabulario especial, distinto del que se emplea comúnmente, para hablar de hombres de la calidad moral e intelectual de un Varela, pongo por caso; porque se hallan tan desacreditados por el uso, por el mal uso quiero decir, los vocablos, especialmente los adjetivos, que han perdido todo su valor y prestigio y, antes que exaltar, más parece que rebajan al personaje que tiene merecimientos para llevarlos. Ya se deja ver que no es esto culpa del idioma, sino de los que lo manejan sin discriminación y emplean los mejores y más nobles calificativos y frases para sacar de la mediocridad o insignificancia a aquellos que sólo pueden levantarse del ras del suelo y hacerse visibles por la fuerza y el esplendor de las palabras.

Me propongo, pues, al hablar de Varela usar el menor número de adjetivos, ya que él no los necesita y, cuando los emplee, enténdase que les doy valor absoluto. Así cuando escriba que Varela era bueno, quiero decir óptimo, y si le llamo virtuoso, deseo significar que lo fué de manera total, completamente. ¿Quién podría con más justicia y exactitud y con mejores títulos ser llamado EGREGIO que Varela?

I.

SE EXPLICA EL TITULO DEL DISCURSO.

Es más que humano Varela, porque quebranta el orden natural, el principio que manda dar lo superfluo y retener lo indispensable para subsistir; principio u orden que resulta, para él, estrecho y limitativo de la voluntad. Es más que humano, porque supera la llamada "regla de oro" de la moral cristiana—proclamada

antes por otras religiones—que dice: “ama a tu prójimo como a tí mismo”, y aquella otra que manda: “no hagas a otro lo que no quieras para tí”; máximas humanísimas, porque aspiran a que no se haga mal al prójimo; pero un tanto egoístas y restrictivas de la voluntad, y poco alentadoras para las almas grandes y generosas que quieren más el bien ajeno que el suyo propio. Es más que humano, porque no desea nada para sí, porque lo da todo, porque da mientras tiene, y busca para los otros sin ocuparse de él. Más que humano es, porque no hay con quien compararlo, porque pasa la medida, y hay que ir a la novela, a la leyenda, a las idealizaciones hechas por los artistas, para hallarle par. Es más que humano, en fin, porque recomienda a los demás que cumplan las máximas cristianas, las que considera suficientes, dadas las imperfecciones de la humanidad—egoísmos y flaquezas—, que no le permiten practicar nada mejor; pero reservándose para sí la práctica de una moral más elevada y pura, más rígida y generosa, sobrehumana, si se quiere, de acuerdo con los impulsos de su corazón, que lo llevan a vivir con menos de lo que es indispensable para la mayoría, hasta quedar sin nada.

Y pongo término a este punto con las siguientes palabras del padre O'Neill, de Nueva York, que trae José Ignacio Rodríguez:

Pronto se vió . . . cuán grandes eran su celo y su piedad, y cuán extrema e ilimitada su caridad para los afligidos y los pobres; mil anécdotas . . . circularon prontamente en la población, y la reputación del sacerdote extranjero se levantó a proporciones tales, que los hombres del día [esto fué dicho en 1853] podrían sentirse inclinados a considerar como invenciones de la fábula o leyendas originadas por la superstición lo que daba asunto a tales maravillas.

Mas no se alarmen los incrédulos, ni se regocijen los creyentes, que no voy a divinizar a Varela. No está en mis manos, en mis manos profanas, hacerlo beato ni santo. Es la Iglesia, es el Vaticano, mejor dicho, el único que puede sacar de la tierra y colocar en el cielo, en el cielo católico, a los mortales que considere dignos de tanta elevación y de ser reverenciados por los creyentes.

No voy a hablar tampoco de su fe, firme y sincera siempre, aunque libre de todo fanatismo y superstición, al punto de que desde el inicio de la enseñanza de la Filosofía en el Colegio Semina-

rio de San Carlos, de La Habana, sienta esta proposición, atrevidísima para aquellos tiempos de imperio de la escolástica:

La experiencia y la razón son las únicas fuentes o reglas de los conocimientos en esta ciencia;

y esta otra, aún más avanzada, y que debió producir escándalo, a pesar de su ortodoxia:

La autoridad de los Santos Padres en cuestiones filosóficas es la misma que la de los filósofos que ellos seguían.

Quiero hablar de Varela como hombre, pues como tal actuó durante su existencia, comprendida entre los años de 1787 y 1853; aunque durante el ejercicio de su ministerio sacerdotal en Nueva York y San Agustín de la Florida sus feligreses, que mucho lo admiraban y querían, le tuvieran por santo; tal era de ejemplar y edificante su vida.

En efecto, fué puro, sin odios ni egoísmos; constante e invariable en sus creencias y defensor enérgico de la verdad, la justicia y la libertad, así como de los dogmas de su fe; y tan sabio como San Agustín, San Pablo o Santo Tomás. Cuantos le conocieron y trataron lo tuvieron por cristiano ejemplar, merecedor de ser considerado discípulo de Jesús, del hombre de Galilea, y apóstol de la cristiandad.

Una vida es muy poca cosa en el tiempo y en el espacio para las realizaciones humanas; pero cuando ha sido consagrada al bien, al mejoramiento moral e intelectual de sus semejantes, toma gran valor, por breve que haya sido su duración.

El hombre, aun para los que lo creen de origen divino, es por naturaleza egoísta, cruel, ambicioso: observad, si nó, al niño. Probablemente, seguramente, Varela fué un niño como todos los demás; pero al salir de la infancia, fuerzas ancestrales, combinadas tal vez con impulsos procedentes de su propia voluntad, determinaron la directriz de su vida, que le señalaba la carrera sacerdotal, la vida austera, de castidad, llena de renunciamientos y sacrificios.

II.

FORMACION DE SU PERSONALIDAD.

Parte de su primera infancia parece que la pasa en San Agustín de la Florida, adonde se cree que había ido el autor de sus días,

Francisco Varela y Pérez, en comisión de servicio, como teniente que era del regimiento de infantería fijo de La Habana, y a donde había sido destinado también como gobernador el teniente coronel Bartolomé Morales, su abuelo, capitán del mismo regimiento, que es el que toma a su cargo el cuidado y dirección del niño Félix al fallecimiento de su padre.

Se ha dicho, y así lo afirma José Ignacio Rodríguez en su biografía de Varela, que en 1801 estaba de vuelta en La Habana, a la que viene, sin duda, por no querer seguir la carrera de las armas; pues al serle ofrecidos los cordones de cadete de la milicia, en atención a los servicios prestados en ella por su padre y su abuelo, el niño responde, según dice Rodríguez, tomándolo del *Journal's Freeman*:

Yo quiero ser un soldado de Jesucristo. Mi designio no es matar hombres, sino salvar almas.

Ingresó por eso en el Colegio Seminario de San Carlos, de esta capital, el año 1801, poco más o menos,

No se sabe todavía con quien estudia el niño en San Agustín. Tal vez fuera con su padre o con su abuelo materno, quien sabe si en algún convento de frailes de aquella ciudad floridana. De todos modos, debía poseer ya algunos conocimientos al ingresar en el Colegio Seminario, cuando dos años después, en 1803, está cursando Filosofía con el padre José Agustín Caballero (1).

Cualesquiera que hayan sido las causas que lo inclinaron a escoger la carrera eclesiástica y a practicar todas las virtudes, resultó al cabo un ejemplar humano de lo más perfecto, que muere en olor de santidad, según se cree.

Su vida de estudiante en el Seminario de San Carlos dura diez años, de 1801 a 1811, como he supuesto; pues el 21 de diciembre del año acabado de citar, le confiere el obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, la última orden, la del presbiterado, con dispensa de edad, según lo había solicitado: le faltaban once meses menos un día para cumplir la mayoría de edad, que era entonces los veinticinco años.

Cuando se trata de individuos de la fuerza o capacidad in-

(1) Esta fecha la tomo del expediente universitario de Varela, hallado por el notable varelista, mi amigo el Dr. Antonio Hernández Travieso.

telectual de Varela, no son factores determinantes de su orientación futura, aunque sí influyentes, los maestros que dirigen su enseñanza. Ya se ha visto que a los catorce años, cuando la mayoría de los jóvenes no saben lo que quieren, él ha tomado una decisión firme, que parece el resultado de un examen maduro, y que sigue sin vacilación:

Varela es hijo del Seminario de San Carlos de La Habana. En él vive y hace parte de sus estudios, y recibe lecciones de José Agustín Caballero y de Juan Bernardo O'Gavan. Y en la Universidad oye lecciones de los padres Félix Veranes, Fray Remigio Cernadas y otros.

El que sí ejerce gran influjo sobre Varela y hasta orienta en parte el rumbo de sus enseñanzas filosóficas es el obispo Espada, quien lo sostiene y defiende de los ocultos ataques de que lo hacen blanco los retrógrados doctores de la Iglesia, al acometer la reforma de la enseñanza de la Filosofía, en que desechando el principio de autoridad y las disputas escolásticas proclama el imperio de la razón y la experiencia como único medio para adquirir los conocimientos. Es el obispo Espada también el que le hace cambiar la ruta serena de su vida, llevándolo al proceloso mar de la política. Honores deben tributarse, pues, una y mil veces a tan sabio y liberal prelado por haber propiciado la reforma de los estudios filosóficos en Cuba que, sin él, se habría demorado no se sabe cuánto tiempo, y por haber sacado a Varela de los claustros del seminario de una colonia ignorada y perdida en los mares, y llevándolo a más amplio teatro donde pueda lucir, como luce, sus talentos y virtudes; aunque más tarde, arrebatado por el torbellino político, se vea obligado a huir y a refugiarse en los Estados Unidos de América, en donde se convierte, para gloria de Cuba, en paladín de la libertad e independencia de su patria, y para honra de la Iglesia Romana, en campeón de la fe católica, nunca recompensado ni reconocido por Roma.

Jamás inculcó Varela a su protector el obispo Espada por cuanto le sobrevino a consecuencia de su ingreso en la vida política de su país como diputado a las Cortes españolas de 1822 y 1823. Cuando se refiere a su forzada expatriación dice, en carta fechada en Nueva York el 30 de diciembre de 1842, dirigida a su hermana, residente en La Habana, lo que copio:

·Mi separación de mi patria es inevitable, y en esto convienen mis más fieles amigos. Acaso yo he tenido la culpa por haberla querido demasiado, pero he aquí una sola culpa de que no me arrepiento.

Antes de consignar los hechos ejemplares de la vida de Varela, quiero y debo declarar que la fuente principal que he aprovechado para hacer esta conferencia ha sido el libro de José Ignacio Rodríguez, *Vida del Presbítero Dn. Félix Varela*, publicado en Nueva York el año de 1878.

Este libro, si es deficiente cuando estudia y enjuicia a Varela como filósofo y como político y revolucionario, no lo es, en cambio, al hablar de su vida sacerdotal, de su apostolado en Nueva York y San Agustín de la Florida. Tuvo Rodríguez el acierto de recoger y aprovechar los testimonios de las personas que conocieron y trataron a Varela, que resultan hoy pruebas valiosísimas para el que quiera escribir de asunto igual o parecido al que es objeto de mi conferencia.

En las *Cartas a Elpidio* he encontrado también material adecuado e interesante para mi estudio, ya que ellas son un tratado de filosofía moral con aplicaciones, no sólo a la conducta del sacerdote católico, sino también a la política en general, a la de la Iglesia Romana en particular y a la de los gobiernos que entonces consideraban necesaria y conveniente la unión de la Iglesia y el Estado, del Trono y el Altar. En ellas se encuentra, asimismo, elocuentemente expresado el liberalismo de sus ideas.

Me veré, pues, obligado, para justificar el calificativo de "evangélica" que doy a la conducta de Varela, a transcribir los hechos recogidos por su primer biógrafo, así como algunas de las ideas expresadas en las inmortales *Cartas a Elpidio* por su autor. Porque no valdrían mis palabras, en ningún caso, tanto como las del mismo Varela, ni tampoco tendrían igual crédito las mías si sustituyeran a las de los contemporáneos que refieren hechos de su vida.

III.

EL OBISPO MIRIEL Y EL PADRE VARELA.

El desprendimiento y bondad de Varela, su caridad inagotable, que lo llevan a desposeerse hasta de lo necesario, son comparables,

superándolos, a los del obispo Miriel que pinta Víctor Hugo en sus *Miserables*. Miriel es el obispo perfecto, caritativo y bueno, que no se encuentra en la realidad. Este obispo, que debía servir de modelo en todo tiempo y en todas partes, fué ridiculizado, para mengua del clero de Cuba, por una dignidad eclesiástica de este país, ya fallecida, que lo calificó de "obispo mentecato". Pues como el obispo Miriel, como el *obispo mentecato*, fué el padre Varela.

Cuando se lee *Los Miserables*, se piensa que de haber conocido Hugo a Varela no hubiera pintado un obispo, sino un sacerdote cubano: el padre Varela

Todos recuerdan, sin duda, lo que dice Víctor Hugo del obispo Miriel cuando, con el nombre de monseñor Bienvenido, se instala en su palacio episcopal en Digne, situado al lado del hospital.

Apenas llega a su palacio, visita el hospicio, que es una casa pobre, y más pobre aún comparada con la grandiosidad de su palacio. Después de efectuada la visita se convence de que era inapropiado para su destino, que tenía poco jardín para expansión de los enfermos, muchas camas para el tamaño de la sala y que, por lo mismo ésta era poco ventilada. Al siguiente día hace venir al director del hospital al palacio episcopal y hallándose en el piso bajo le pregunta el Obispo—¿Cuántas camas creéis que contendría esta sala?—¿El comedor, monseñor?—dijo el director estupefacto. Mientras tanto el Obispo hacía cálculos respecto a las camas que cabrían. Y dirigiéndose al director le dice: "Hay evidentemente un error. Ustedes son veintiséis personas en cinco o seis habitaciones pequeñas, y nosotros somos tan sólo tres aquí, donde hay sitio para sesenta. Le repito que hay error. Ustedes toman mi alojamiento, y yo el suyo". Al siguiente día el hospital estaba instalado en el palacio de Monseñor.

El Obispo recibía un sueldo del Estado de 15.000 francos, de los que destinaba 1,500 para el seminario pequeño, 1,000 para liberar a padres de familias pobres presos por deudas, 2,000 para sueldos de maestros pobres de escuelas de la diócesis, 1,500 para enseñanza gratuita de niños pobres y 6,000 para pobres; reservándose 1,000 para sus gastos personales.

Oigan ahora lo que dice el padre O'Neill de cuando Varela era cura de la iglesia del Cristo en Nueva York:

Los pobres y los enfermos fueron siempre particular objeto de su atención. Los iba a visitar a todas horas y en todas partes de la ciudad; y se sabe que muchas veces se presentó en la cuarentena solicitando entrar en los buques para asistir a los enfermos o necesitados de auxilios ... Durante la epidemia del cólera, en el año 1832, puede decirse literalmente que el padre Varela vivía en los hospitales.

Refiere también O'Neill que Varela estableció en su iglesia distintas asociaciones para el ejercicio de la caridad, y una escuela con clase de catecismo y biblioteca anexa, de la cual los alumnos podrían llevar los libros a sus casas por varios días. También relata que

una piadosa señora, amiga del padre Varela, había puesto a la disposición de éste la cantidad de 800 pesos para dedicarlos a alguna fundación caritativa, en ocasión en que él tenía el propósito de establecer en Nueva York una *creche* o asilo para viudas pobres con niños en la infancia e impedidas por tal causa de obtener trabajo. El dinero era muy poco para tamaña empresa. Comunicó su pensamiento a varias personas y habiendo logrado aumentar la ofrecida cantidad, se decidió, aunque modificando su primitiva idea, a implantar un asilo de huérfanos de padre *Half Orphan Asylum*, incorporado más tarde a un asilo general de huérfanos.

El *Half Orphan Asylum* subsistió—dice Rodríguez—hasta 1852 y estuvo en la Quinta Avenida y calle 15a. en Greenwich.

El señor Shea en su *Historia de la Iglesia Católica en los Estados Unidos*—citado por Rodríguez—dice:

El celo del Padre Varela como cura párroco, y su caridad ilimitada harán que su nombre se recuerde siempre entre los fieles de Nueva York. Cómo podía vivir era un problema que siempre maravillaba a sus amigos, porque cuanto caía en sus manos lo repartía inmediatamente entre los pobres. Cuando no tenía dinero, echaba mano de lo primero que encontraba, hasta la ropa de su cama, las cucharas de su mesa, sus propios vestidos. Y estos actos jamás hubieran sido conocidos, si los favorecidos por su caridad, como sucedió en dos ocasiones diferentes, no hubiesen sido arrestados por la policía, por sospecharse que habían robado lo que el caritativo sacerdote les había regalado.

José Ignacio Rodríguez, de quien tomamos estos datos, trae abundante información a este respecto, en su *Vida del Presbítero Dn. Félix Varela*, y refiere esto otro que copio:

Nos ha contado el señor Madan, con relación al señor Shea, que ya en los últimos años de la permanencia del Padre Varela en Nueva York, y aproximándose el invierno, la mujer que desempeñaba en la casa las funciones de ama de llaves, llegó a comprender que el Padre Varela había recibido algún dinero, y como sabía que necesitaba un sobretodo, que no había frazadas en la casa y que la ropa interior y de abrigo era vieja y escasa, se valió de un piadoso fraude o subterfugio para obligarle a proveerse de todo eso. Se le presentó manifestándole que un individuo de su conocimiento, que acababa de llegar al país, pobre, sin recursos ni amistades, carecía de todo, y corría riesgo de perecer en el invierno, pues le faltaba lo más indispensable. Hízole tal pintura de la situación desgraciada de aquel extranjero, que el padre Varela se llenó de compasión y le entregó en el acto la suma suficiente para hacer esos gastos. Con gran sorpresa suya, se convenció poco después que el pobre de quien le habían hablado no era otro que él mismo, y que el dinero que había desembolsado se consumió con particular inteligencia y cuidado en proporcionarle aquellos artículos y en ponerlo a salvo, sin que él mismo lo supiera, contra las inclemencias de la estación.

El obispo Miriel era previsor, como se ha visto. Se reservaba mil francos para sus gastos personales. Varela, que no tenía entrada fija y vivía al día, se despojaba de cuanto tenía como han oído todos, y sólo por la previsión de su ama de llaves, su madama Magloire, lo encuentra el invierno de que se ha hablado, provisto de lo necesario.

Más adelante relataré otros hechos extraordinarios del sacerdote cubano. Y paso ahora a contar el episodio de Juan Valjean y monseñor Bienvenido, que nadie desconoce.

El obispo de Digne vivía como pobre; su comida era frugal, su alcoba muy sencilla: una puerta-ventana que daba al jardín y en frente una cama como las del hospicio. El único lujo que conservaba de cuanto poseyó en otros tiempos lo constituían seis cubiertos de plata y un cucharón del mismo metal, que madama Magloire cuidaba y mantenía relucientes, y dos grandes candelabros de plata maciza colocados sobre la chimenea.

La casa no estaba segura, lo que tenía alarmada siempre a su ama de llaves, y Monseñor dejaba siempre abierta la puerta de su aposento. Corrían voces de haber llegado un forastero peligroso, galeote de presidio, a quien nadie quería dar alojamiento ni de comer, aun cuando traía dinero y estaba dispuesto a pagar. Era

Juan Valjean, puesto en libertad al cumplir los diecinueve años de su condena, y que no encontrando donde descansar ni comer, entró en casa de Monseñor a indicación de una señora. Dijo quién era y de dónde venía y que necesitaba comer y dormir, porque había caminado doce leguas. Monseñor mandó poner un puesto a la mesa y vestir de limpio la cama de la alcoba inmediata a la suya, con extrañeza del propio forastero y alarma del ama de llaves. Omito la conversación entre Juan Valjean y el Obispo, y paso a decir cómo correspondió el forastero a la hospitalidad recibida.

A la madrugada se despertó Juan Valjean, y en seguida le vino el recuerdo de los cubiertos de plata que madama Magloire había puesto sobre la mesa, y después de algunas vacilaciones se dirigió a la habitación de Monseñor, cuya puerta estaba entreabierta. Entró en ella, y apoderándose del canastillo con los cubiertos de plata que había visto guardar en la alacena, introdújolos en su mochila, tiró el canastillo y se fugó por el jardín. A la mañana siguiente, madama Magloire fué a decir al Obispo que el forastero se había marchado llevándose los cubiertos.

Poco después llamaron a la puerta y, mandados a pasar entraron tres gendarmes conduciendo a Juan Valjean; Monseñor, dirigiéndose a éste, le dijo:—"Me alegro mucho de verlo—; pero yo le había dado también los candelabros, que son de plata y de los que podría saçar muy bien unos 200 francos. ¿Por qué no se los llevó usted?"—"Monseñor—, dijo el gendarme que ostentaba los galones de cabo—¿conque entonces es cierto lo que ha dicho este hombre? Se nos hizo sospechoso y lo detuvimos, encontrándole encima, al registrarlo, toda esta plata"—¿Y les ha dicho—interrumpió sonriente Monseñor—que se la ha regalado un cura anciano en cuya casa había pasado la noche? Comprendo lo que ha pasado. Ustedes no le han creído y lo han traído aquí. Evidentemente hay un error en todo esto"—"Entonces—dijo el cabo—¿quiere decir que podemos dejarlo marchar?"—"Sin duda alguna"—respondió Monseñor. Y los gendarmes soltaron a Juan Valjean, quien dispuesto a retirarse oyó la voz de aquel, que le decía: "Amigo mío, antes de irse recoja sus candelabros".

Saben todos ustedes que Juan Valjean se convirtió en el señor Magdalena, el *Tío Magdalena*, llegando a ser alcalde de Montreuil condecorado con la Legión de Honor. Hasta un día, un mal día,

en que el agente Javert, el implacable Javert, descubrió que el señor Magdalena era el mismo Juan Valjeán, quien volvió a caer en manos de la justicia. Ya en esta época había muerto monseñor Bienvenido.

Volviendo al punto en que Juan Valjean fué llevado por los gendarmes a presencia de Monseñor, procede preguntar: ¿Mintió éste al decir que había regalado los cubiertos a Juan Valjeán? ¿Realizó éste un robo? No hubo robo, porque Monseñor no consideraba como bienes propios los que poseía. Sólo se reservaba lo indispensable para vivir, y los cubiertos de plata no eran necesarios. Hay que recordar lo que dijo a madama Magloire: “¿Era nuestra la plata? Pertenecía a los pobres y el hombre que se la llevó era un pobre”. Y como el ama le contestara que con qué iba a comer ahora, respondió: “Ah! ¿Pero es que no hay cubiertos de estaño, de hierro o de palo?” Y si mintió, fué una mentira piadosa, salvadora, para evitar la condena de un hombre; mentira que nunca pudo pesar en su conciencia, ni causarle remordimientos.

IV.

OTROS HECHOS EJEMPLARES DE CARIDAD.

Un escritor anónimo, cubano sin duda, al que no he podido descubrir aún, publica en 1867, en la revista de Frank Leslie, *Ilustración Americana*, de Nueva York, un artículo titulado: *El Padre Varela. Un episodio para la historia de Cuba*, en el que relata estos casos de altruísmo de nuestro sacerdote, que voy a transcribir:

Fué en Nueva York, el año de 185... [Calcagno dice 1851], cuando yendo Mrs. G. W., una buena señora, a pedirle un socorro para sus hijos (que por cierto el uno de ellos es hoy oficial de la oficina de correos de aquella ciudad), y no teniendo este santo varón [Varela] ni un centavo que darle y estando a la sazón sentado a la mesa, tomó la cuchara de plata con que estaba comiendo, y limpiándola se la dió a la necesitada diciendole: “No tengo dinero, pero tomad esta cuchara de plata, resto de los recuerdos de mi país, vendedla y consolad a vuestros hijos con su importe”. Quiso la mujer vender la cuchara, y como estaba marcada con las iniciales de Varela y la apariencia de ella la hizo sospechosa de robo, la detuvieron y llevaron a la corte de justicia; ante la cual fué citado y tuvo que comparecer el Padre Varela para justificar el dicho de la citada mujer, de que él le había regalado la cuchara.

Este hecho, según refiere el articulista anónimo, fué publicado en los periódicos de Nueva York, a pesar de los esfuerzos que hizo Varela para que se mantuviese oculto. En la *Historia de la Iglesia Católica en los Estados Unidos (The Catholic Church in the United States)*, citada por Rodríguez, el señor Shea confirma lo acabado de referir, pero manifestando que ocurrió en dos ocasiones diferentes.

El otro caso que tomo del articulista mencionado es más edificante:

Se dirigía él [Varela] por la calle de Chambers a la iglesia de la *Transfiguración*, que existía en aquella ciudad dando frente al costado del norte del parque de Broadway; por delante de él y en la misma dirección caminaba una pobre mujer que pedía limosna, llevando un tierno niño en sus brazos; hacía un frío terrible y la mujer no tenía más abrigo que una manta vieja y raída, con que se cubría apenas la cabeza, porque todo su cuidado era, como madre, cubrir a la tierna criatura que llevaba estrechada a su seno, sin que lo pudiese conseguir a causa de la impropiedad y pobreza del abrigo; la pobre llevaba los brazos morados, y el angelito los tenía casi negros; ambos temblaban, y la madre gemía de pena y de frío. Este bondadoso y respetable hombre que, envuelto en una no muy fina pero comfortable capa, iba detrás de este doloroso cuadro, contemplándolo lleno de compasión y humanidad, observando primero por todos lados para cerciorarse de que nadie podía verle, se quitó repentinamente la capa, cubrió con ella por detrás a aquellas dos criaturas y hurtándole la vuelta a la mujer, prosiguió precipitadamente su marcha por el lado opuesto, para no ser conocido de ella, redoblando su paso cada vez más y abrochándose una ligera levitilla de lausí, de color negro, que le quedó por todo abrigo, sin duda para no oír las palabras de gratitud y las bendiciones de aquella agradecida criatura. Mr. W. Read y yo, que veníamos a alguna distancia detrás de él, presenciamos el hecho, y arrebatados de admiración apresuramos también el paso con objeto de alcanzarlo y conocer al autor de tal acción; lo alcanzamos al fin cuando ya estaba entrando en la iglesia de la *Transfiguración* a donde se dirigía todas las tardes.

Uno de los hechos relatados, el del regalo de la cuchara de plata, guarda semejanza con el de los cubiertos de monseñor Bienvenido, y hace pensar, conocida la manera de proceder de nuestro Varela con los pobres, que de haberle sido robada la cuchara, habría actuado de igual modo que aquél.

V.

SU RETRATO FISICO.

Conocido el carácter de Varela con los datos que han quedado expuestos, lo que pudiera llamarse su retrato moral, es tiempo de que diga cómo era físicamente nuestro compatriota. Cuando se habla de un personaje célebre, a todos nos viene el deseo de conocerlo íntegramente, es decir, en su doble carácter físico y moral; y no ha sido poca suerte que José Ignacio Rodríguez haya recogido en su libro la descripción que hizo Juan Manuel Valerino de su maestro Varela, diciéndonos que era

...de estatura mediana, delgado, de color trigueño, lampiño, frente muy ancha, y sumamente miope. Su semblante se mostraba siempre risueño... Era muy nervioso de temperamento y tan susceptible a las más ligeras impresiones, que muchas veces cuando se cargaban las cajas galvánicas para explicar experimentalmente esta materia física, si los alambres conductores tocaban la *turca* o bata de seda negra que acostumbraba usar en Cuba el clero secular, y con que siempre salía vestido de su cuarto el Padre Varela cuando bajaba a dar su clase, la impresión que recibía, a pesar de la mala conductibilidad de la seda, era tan fuerte, que lo hacía sufrir mucho y en ocasiones lo obligaba a suspender la lección.

Y Alejandro Angulo y Guridi, que visitó a Varela en San Agustín de la Florida el año de 1851, al relatar la entrevista que tuvo con él, consigna que:

era de mediana estatura, trigueño, muy delgado, vestido de levita, pantalones y chaleco de paño negro y con el correspondiente cuello azul y blanco a modo de corbata.

Recordando luego un retrato que vió en Cuba de Varela, dice que no se le parece: en él tiene ojos redondos, algo saltones, al contrario de los suyos; y una mirada que contrasta con su expresión penetrante, pero suave, "que era su alma".

VI.

SU ETICA.

Por lo dicho hasta aquí puede colegirse cuál sería la ética de Varela. Es la misma de la iglesia cristiana de los primeros tiempos, y está basada, en lo fundamental, en la caridad y el bien y en la

pureza e ingenuidad de vida. Pero el verdadero valor de su conducta, lo admirable de su vida está en que, según dije al principio de este discurso, practica una moral superior, más pura y desinteresada que la que recomienda a los demás.

Luz y Caballero es, como maestro, un *evangelio vivo*, aplicándole su propia frase. De Varela puede decirse que es también un *evangelio vivo*, como sacerdote. De aquí que resultara al cabo un gran propagandista de la fe, de su fe católica, y convirtiera a no pocos a su credo y se diera a respetar de todos, hasta de sus contrarios.

La convicción y pureza de sus principios morales lo llevan a querer vérlos practicados siempre y en todo; lo mismo en lo político que en lo social y en lo económico, y no se diga nada en cuanto a la religión, a la iglesia a la cual pertenecía.

La moral, para él, está por encima de todo; y no concibe, por tanto, la libertad, la justicia, la ley ni los gobiernos sin ella. Así, refiriéndose a la imputación hecha a la Iglesia por la posesión de bienes materiales y la carencia de ellos en los tiempos apostólicos, dice, en la sexta de sus *Cartas a Elpidio* sobre la impiedad:

Espero que no creerás, mi amigo, que yo abogo por la excesiva riqueza, y mucho menos por la personal de los individuos del clero; mas es preciso confesar que sin medios pecuniarios no siempre puede hacerse el bien y que el ministerio cae en desprecio. . . No hay duda que la principal dignidad y esplendor del clero debe consistir en sus virtudes, pues sin ellas nunca podría hacerse respetar y mucho menos podrá ser amado por los pueblos, mas poseyéndolas podrá hacer un uso santo de las riquezas, y éstas por sí nunca deben atraer sobre el clero la indignación de los sensatos. El exceso en esta como en todas las cosas siempre será reprehensible, y la Iglesia es la primera en condenarlo. . . Debemos sin embargo considerar las riquezas como los vestidos, que conviene despojarnos de ellos cuando sirven de estorbo a la lucha, pudiendo asirse de ellos el contrario. Así pues, en la constante lucha de la Iglesia contra el siglo corrompido, deben abandonarse las riquezas si llegan a ser perjudiciales al verdadero interés, que es la salvación de las almas, y en este caso un ministerio pobre sin más defensa que la cruz saldrá siempre victorioso de todos sus enemigos. . . Es preciso confesar que muchos eclesiásticos perversos suponen robadas las iglesias cuando se impide que ellos las roben, haciendo un uso ilegítimo de sus caudales. . .

De la caridad habla así, en la carta primera sobre la superstición:

La verdadera caridad difundida en un pueblo dulcifica su carácter, y le hace franco, amable, firme, constante, humilde y elevado, alegre y juicioso, en una palabra, dispuesto para todo lo justo y enemigo de todo lo perverso...

Respecto a la política, hace observaciones de subido valor en su carta segunda sobre la superstición:

La política, que jamás se pára en los medios si convienen a sus fines, se vale gustosa de la superstición como el mejor apoyo de la tiranía, que es el ídolo de casi todos los gobernantes...

Por más protestas que hagan los gobernantes, el placer de mandar es una miseria de la naturaleza humana de que no pueden librarse. De aquí la tentación de infringir las leyes, y las especiosas razones que encuentran para hacerse superiores a ellas.

... la tiranía es el ídolo de casi todos los gobernantes, y a la verdad que las excepciones son tan pocas, que bien podría yo con muy poca hipérbole omitir el *casi* dejando la proposición general.

... Yo deseo dar a los gobiernos su verdadero apoyo, que es el amor del pueblo, la justicia de sus leyes y la virtud de los gobernantes.

Hace muy atinadas observaciones acerca de la alianza entre el Trono y el Altar, "como dos cosas tan íntimamente unidas que vienen abajo ambas si se cae una de ellas." Varela sabía por experiencia propia lo que era esa unión, pues a él lo acusaron de enemigo de ambos, según el testimonio de Luz y Caballero, al iniciar la reforma filosófica:

... los tronos—escribe—de ningún modo dependen de los altares, ... Resultaría... el gran absurdo de creer que la religión es inseparable y depende enteramente del principio que la destruye...

... No es trono sino cadalsò, el que no eleva al que lo ocupa sino para hacerlo detestable. No es tampoco verdadero altar... el que sólo se erige para ser profanado...

Tiene gran desconfianza de esta unión aun cuando no la rechaza en principio, y por ello es que se expresa de este modo:

El Trono rara vez concede prerrogativas al cuerpo eclesiástico para honrar la Iglesia; por lo regular se intenta esclavizarla comprando a los eclesiásticos perversos y engañando a los tontos...

es materia peligrosa, pues generalmente no es la piedad sino el crimen la fuente de estas hipócritas distinciones. Queda al fin la Iglesia oprimida, cuando se considera más privilegiada.

... Sí, mi Elpidio, la miseria humana fortalecida o adornada con la corona o con la tiara, muchas veces se ha servido de una y otra para debilitar la autoridad misma que indican tales insignias; y acaso los reyes y los papas han sido los principales enemigos de la autoridad regia y pontificia.

... Cuando los tiranos han muerto por la furia de los pueblos, no han sido excitados éstos por doctrinas, sino por sufrimientos, y la desesperación nunca reflexiona.

Varela fué patriota verdadero y convencido liberal siempre y en todas ocasiones. No olvidó nunca a Cuba, a la que amó hasta sus últimos instantes, y ese amor y aquella convicción no se entibiaron jamás.

Si para Martí la patria es agonía y deber, para Varela es sacrificio y deber:

El amor al país en que nacimos—dice—es natural, es legítimo y constituye un deber; y no es patriota el que no sabe hacer sacrificios en favor de su patria, o el que pide por esto una paga. El patriotismo es una virtud cívica, que a semejanza de las morales suele no tenerla el que dice que la tiene.

El hombre tiene contraída una obligación estrecha con su patria, cuyas leyes le han amparado; y debe sostener sus derechos y defenderla.

No quiso Varela cambiar de nacionalidad, y así se lo dice a Elpidio en su carta cuarta sobre la superstición:

Yo soy en el afecto un natural de este país [Estados Unidos] aunque no soy ciudadano, ni lo seré jamás, por haber formado una firme resolución de no serlo de país alguno de la tierra, desde que circunstancias que no ignoras me separaron de mi patria. No pienso volver a ella; pero creo deberla un tributo de cariño y de respeto no uniéndome a otra alguna.

Ningún sacerdote cubano ha sido más ni mejor liberal que él. Lo fué en las Cortes españolas cuando pidió la independencia para la América Hispana en guerra, y cuando hizo campaña desde su periódico *El Habanero* por la libertad e independencia de Cuba. Su entusiasmo por la libertad es tan grande que quiere que todos

sean liberales, y se duele cuando encuentra en la realidad tanto liberalismo falso o hipócrita. Desea que el clero sea liberal, y dice:

Ojalá fueran todos los eclesiásticos liberales. Pero de los que pretenden serlo, muchos son libertinos, y otros fundan su liberalismo en una debilidad inicua por la cual hacen las más infames concesiones, sacrificando a veces la doctrina evangélica sólo por granjearse el aprecio del mundo.

Y oigan este otro concepto de su liberalismo, en que afirma de los "verdaderamente liberales"

... que no puede serlo el que no es hombre de bien y no está dotado de un alma generosa,

hermanando de este modo el liberalismo con la moral. Es decir, que para él no podía haber libertad sin moralidad.

Si la justicia, la libertad y el bien hubieran reinado en el mundo como él los concebía y practicaba, no se habría llegado al estado presente en que la humanidad se desangra y arruina por la insania o maldad de los que han desencadenado esta guerra universal y quieren dominar y vencer a los pueblos para esclavizarlos, destruyendo esos principios básicos de la naturaleza humana sin los cuales el individuo pierde su dignidad y su decoro; es decir, deja de ser hombre.

VII.

SU MUERTE.

El 25 de febrero es fecha luctuosa para Cuba, porque ese día del año 1853 fallece en San Agustín de la Florida el presbítero Félix Varela y Morales.

Muere muy pobre, lo mismo que había vivido, o más pobre aún, pero conforme, como un verdadero cristiano, sin lamentarse de su estado y confortado con su ardiente fe. Termina sus días, como tal vez lo pensó en alguna ocasión: recogido por la caridad, personificada en su compañero de sacerdocio, el padre Edmundo Aubril, quien le da asilo y lo sostiene hasta el final de sus días, y sin cuya protección hubiera perecido antes, o ido a parar a algún hospital público.

Para que se vea el triste y lastimoso estado en que se hallaba Varela, voy a transcribir unos párrafos de la carta que un discípulo suyo, Lorenzo de Allo, escribe en diciembre de 1852 al presbítero Francisco Rufz, en La Habana, después de haber visitado a su maestro en San Agustín de la Florida:

...hallé un cuarto pequeño, de madera, de tamaño igual o algo mayor que las celdas de los colegiales. En esta celda no había más que una mesa con mantel, una chimenea, dos sillas de madera y un sofá ordinario, con asiento de colchón. No ví cama, ni libros; ni mapas, ni avíos de escribir, ni nada más que lo dicho. Sólo había en las paredes dos cuadros de santos, y una mala campanilla sobre la tabla de la chimenea. Sobre el sofá estaba acostado un hombre, viejo, flaco, venerable, de mirada mística y anunciadora de ciencia. Ese hombre era el padre Varela.

.....

Cuando entré en su cuarto, se hallaba el Padre extendido sobre el sofá, manteniéndose con cierta inclinación por medio de tres almohadones. A instancias mías conservó la misma posición. Dijo que así tenía que estar constantemente; que tenía tres o cuatro enfermedades; que no podía leer ni escribir, no sólo por razón de sus males, sino porque tampoco veía las letras; y que vivía en aquel cuarto, porque se lo había destinado el Padre Aubril, sacerdote francés, y cura de la parroquia, quien lo tenía recogido, y sin cuya bondad habría ya perecido.

.....

Varela conserva sus cabellos, su dentadura y no ha perdido sus modales y movimientos cubanos. Su fisonomía no toma la expresión inglesa sino cuando habla inglés, idioma que posee lo mismo que el suyo. Todo el mundo lo celebra y lo ama; pero nadie, sino el padre Aubril le tiende una mano amiga.

Esta carta, escrita el 25 de diciembre del año citado, llegó a esta capital a principios del siguiente mes, y causó entre los amigos de Varela una impresión muy dolorosa, según refiere Rodríguez.

Un grupo de ellos se reunió para recolectar dinero y enviar una persona a San Agustín, para que tratase de traerlo a esta capital, y de no ser posible, entregarle la suma recogida para que atendiese a sus necesidades. José María Casal fué la persona que embarcó para cumplir lo acordado, por no poder hacerlo Luz y Caballero debido a su mal estado de salud. Todos saben que cuando Casal llegó a San Agustín el 3 de marzo de 1853, ya había muer-

to Varela y hasta sido enterrado. Destinóse entonces el dinero colectado, con otras cantidades agregadas, para levantarle una capilla en el cementerio de Tolomato, de aquella ciudad floridana, a la que fueron trasladados los restos en el mes de abril del mismo año de 1853.

Varela fué grande como hombre, no sólo por su saber, que, aunque era mucho, encuentra siempre limitaciones, sino por su altruísmo y bondad, que no tuvieron horizonte, que fueron desmedidos, como nacidos de su voluntad y de su corazón. Dejó de dar cuando no tuvo qué, y murió, como tenía que morir el que lo había dado todo, sin nada, recogido en un cuartucho por la caridad de otro sacerdote.

Cuba ha tenido tres grandes apóstoles: Varela, Luz y Caballero y Martí.

Varela fué el apóstol de la fe, de la caridad y el bien.

Luz y Caballero fué el apóstol de la enseñanza.

Martí fué el apóstol de la libertad y la independencia de Cuba.



Valoración Filosófica de Varela

por Miguel Jorrín

Vamos a comenzar esta charla dando un paseo, ustedes y yo. Un paseo corto en el espacio: tres o cuatro cuadras; pero más largo en el tiempo: comienzos del siglo pasado. Trasladémonos al final de la calle de San Ignacio, donde se alza la estructura severa del Seminario de San Carlos.

En aquella época, y aún hoy, el gran patio lo constituían cuatro corredores anchos de columnas de piedra, formando un cuadrado. En el centro había una fuente, y por todo el derredor limoneros lozanos y frondosos. En el lado opuesto, a la izquierda, había una escalera de piedra que conducía a los claustros de los profesores; a la derecha un callejón oscuro y húmedo, por el cual se penetraba en un salón lateral largo y sucio, separado de las aguas del puerto por un jardín o huerto de tapias elevadas. Hacia allá daban unas cuatro ventanillas por donde entraba la única luz que a medias iluminaba el salón. Contra la pared del frente, en el centro, se apoyaba una mala cátedra; y a ambos lados de ella había bancos de madera, rudos, fuertes y de elevados respaldos.

En dicha cátedra un joven clérigo, de estatura mediana, delgado, de color trigueño, lampiño, frente muy ancha y sumamente miope, dicta una lección de filosofía a la juventud cubana.

De este joven profesor, en quien ustedes habrán reconocido al padre Varela, se decía, "que era el único que enseñaba en Cuba verdadera filosofía". ¿Qué había hecho para que se hiciera tal afirmación?

Para ofrecer una ligera idea de ello, es necesario que les recuerde qué es lo que se enseñaba como filosofía en Cuba en la época a que me he venido refiriendo. En Cuba se leía "texto" aristoté-

lico. No podemos ni siquiera decir que se leyera a Aristóteles; pues el "texto" objeto de la lectura eran los libros expurgados por las autoridades eclesiásticas.

La filosofía hasta el siglo XIII formaba parte de la teología; era aceptada sólo como un método de esta disciplina, quedaba relegada al simple papel de medio o vehículo para alcanzar las verdades reveladas; y cuando más, servía como auxilio lógico para convencer a los que no aceptaban las verdades de la fe.

A comienzos de ese siglo XIII, un amigo de Santo Tomás de Aquino, Roberto Grossette, junto a otros helenistas le hicieron al Santo el flaco servicio de traducir al latín la casi totalidad de las obras de Aristóteles, principalmente la *Política*, desconocida hasta entonces. La sorpresa de los teólogos fué extraordinaria, pues en los nuevos textos se les presentaba una imagen del universo incompatible con las enseñanzas de la Iglesia.

Para Aristóteles el mundo era eterno, y no se podría hablar de creación divina; Dios era un simple motor de los cuerpos celestes, que no atendía para nada las cosas de los hombres; el alma era la simple "forma" del cuerpo, que nacía y desaparecía con él. La creación, caída, redención y vida eterna eran tópicos desconocidos para el pensador griego. Los textos de Aristóteles, lejos de ser un fundamento, resultaban un grave problema para los teólogos.

Problema tan grave que en 1211 el Concilio de París prohibió enseñar la física de Aristóteles; mas la prohibición resultó inútil frente al afán de saber del pueblo, que iba a los libros en busca de su original pensamiento. Entonces Gregorio IX resuelve dicho problema mandando a editar las obras de Aristóteles *expurgadas* de toda afirmación contraria a las enseñanzas de la Iglesia; y esos textos mixtificados eran el objeto de las *lecturas* aristotélicas de nuestras cátedras de filosofía.

Ese nuevo Aristóteles "corregido y aumentado", fué el soberano absoluto de la filosofía, y llegó a tener tanta importancia en Cuba que, según nos refiere José Ignacio Rodríguez, por haber escaseado sus libros en La Habana, se reunieron los profesores universitarios (en pleno siglo XIX!) y declararon que no podían continuar enseñando filosofía hasta que no se enviase a España por nuevos textos.

Cierto es que el maestro y antecesor de Varela, padre José Agustín Caballero, ya desde 1796 había publicado sus *Lecciones de filosofía ecléctica*; que el Padre Laureano Almeyda introducía a Descartes en el convento de San Agustín, y que Fray Joaquín Morales censuraba en el de la Merced el sistema escolástico; pero ninguno de ellos logró desprenderse por completo del tomismo aristotélico.

Frente a la situación descrita, ¿qué hizo el padre Varela? Contestemos con las propias palabras del obispo Espada: lo que hizo fué "barrerlo todo"; terminar con todo, separar la filosofía de la religión y reintegrarla a su propio rango de ciencia autónoma. Con Varela, en Cuba la filosofía cuelga los hábitos y entra en la vida.

* * *

El objeto de esta conferencia no es dar a conocer las influencias del pensamiento ajeno sobre Varela; de ello se encargará, en noche próxima, quien es ya maestro en el tema: el Dr. Hernández Travieso. Mi misión está limitada a "valorar" sus concepciones, a indagar lo que tuvo de original su pensamiento; y si me detengo junto a otros escritores, no será más que para subrayar las posiciones propias del maestro cubano.

En aquel sistema aristotélico a que me he referido antes, la relación del hombre con las cosas es una relación *mediata*. Está fundada en un intermediario: el concepto. Mediante ese concepto conocemos las cosas, y cabe siempre preguntarse si dicho concepto se ajusta o no a la realidad. En Cuba, antes de Varela, predominaba la enseñanza de esos conceptos; el saber consistía en armarse del mayor número posible de ellos, para ir por el mundo "disparándolos" sobre la realidad objetiva, sin preocuparse o no de su coincidencia.

En todo pensamiento occidental hasta el Renacimiento, dos grandes tendencias filosóficas han inspirado las controversias que han ocurrido en el seno de la Iglesia. La primera comienza con Parménides, para seguir a Sócrates, Platón, los neoplatónicos, Plotino y San Agustín. La segunda, que parte de Aristóteles es recogida por los glosadores de este gran pensador para convertirse luego, con Santo Tomás, en la doctrina oficial de la Iglesia y del

pensamiento occidental de todo el Medioevo. La primera representa el movimiento liberal, "de izquierda"—como diríamos hoy—dentro del seno del cristianismo. La segunda, por el contrario, elaboró un sistema todo orden y razón, cerrado, dogmático y conservador.

Varela sigue la primera línea; es ante todo un liberal en filosofía. El ambiente le era propicio para ello, pues el Seminario de San Carlos, se mueve siempre bajo el signo de San Agustín.

San Agustín escribe desde una época oscura: la época de la disolución del mundo antiguo. Con él comienza la madurez de Europa. La obsesión de los griegos por la Naturaleza les hizo considerar al hombre como una cosa entre las cosas; la cosa más sublime si se quiere, pero en última instancia, como un objeto más. En cambio, para el cristianismo el hombre sale de la Naturaleza, deja de ser cosa para convertirse en persona. Este personalismo es lo medular de todo el pensamiento agustiniano; lo esencial en él es la voluntad. Ya no basta, como en Grecia, conocer la verdad, valerse del entendimiento para no errar: hay que *querer* la verdad. Para los griegos, a un conocimiento claro debe corresponder una justa comprensión de los verdaderos bienes; y como nadie quiere el mal para sí, a esa comprensión seguirá una conducta adecuada. Para San Agustín lo fundamental no es conocer sino querer. "Hombre, concóctete a tí mismo", rezaba la sabiduría antigua. San Agustín dice: "Ama, y haz lo que quieras". Lo volitivo está por encima de lo cognoscitivo.

San Agustín es un pensador dualista. Como cristiano acepta los dogmas, pero como filósofo busca la certeza inmediata de la conciencia. Coloca a la persona, el sujeto, sobre el objeto; y se anticipa a Descartes atribuyendo al pensamiento la condición de única realidad cuando nos dice: "En cuanto dudo, o puesto que dudo, sé que yo, el que soy, duda. Aunque yerre en lo demás, en esto nó, porque para dudar hay que existir".

Este dualismo agustiniano que acepta como teólogo las verdades reveladas, pero que busca como filósofo la certeza de los conocimientos terrenos, es una constante en todo el pensamiento de Varela, quien deja separados y bien delimitados el saber del creer. Así en sus *Lecciones de Filosofía* nos dice:

...los hombres abusan de la autoridad divina, y quieren extenderla arbitrariamente, pues no hay doctrina filosófica que no se quiera defender o impugnar con autoridades de las sagradas letras, las cuales, como observa el Padre San Agustín, no se dirigen a formar filósofos ni matemáticos, sino creyentes.

Y en el *Elenco* de 1816 agrega:

Los Santos Padres no tienen autoridad alguna en materias filosóficas; y así debe atenderse únicamente a las razones en que se fundan.

Es Varela el primer hombre en Cuba que mantiene con pulcritud y decisión esta posición, que se traduce, como veremos, en el desarrollo de la ciencia filosófica.

* * *

Otra nota de valor en el pensamiento de Varela, es que con él se inicia en Cuba *el idealismo filosófico* que dura hasta Varona.

El viejo realismo griego, como es sabido, muere por la gran sacudida producida por los descubrimientos científicos del Renacimiento; la filosofía ya no es mero conocimiento de la realidad, pues se duda de la existencia de ésta, y se convierte en forma o medio de alcanzar la verdad, en teoría del conocimiento, en idealismo. Sin embargo, una gran parte del realismo se mantenía anquilosado en los dogmas escolásticos; Varela, al romper con el escolasticismo, abre el camino al idealismo.

Como es sabido fué la filosofía cartesiana la que al replantear el problema del conocimiento inicia el movimiento idealista en Europa; natural es que Varela, por la similitud de posiciones, se sienta atraído por Descartes. Son numerosos los pasajes de sus obras que acusan esta influencia. Escuchemos, por vía de ejemplo, los siguientes:

La credulidad es el patrimonio de los ignorantes, la incredulidad decidida lo es de los semi-sabios; la duda metódica es la que corresponde a los sabios. En los conocimientos humanos, un filósofo demuestra lo que puede, cree lo que está demostrado, desecha cuanto repugna al buen sentido y a la evidencia, y suspende su juicio sobre todo lo demás (*Elenco de 1816*).

El verdadero filósofo, cuando empieza una investigación, debe

figurarse que nada sabe sobre aquellas materias, y entonces, debe poner en ejercicio su espíritu hasta ver todos los pasos que debe dar, según enseñaba Cartesio (*Lecciones de Filosofía*).

La psicología era en época de Varela parte primordial de la filosofía; a ella presta detenida atención. Aquella actitud prudente y cautelosa del idealismo cartesiano, a que acabo de referirme, lo lleva a preocuparse por el origen de las ideas; y es John Locke el primero que se plantea el problema. Locke llama idea a todo fenómeno psíquico en general, y niega que en nuestra mente existan ideas innatas. Con esto surge el movimiento conocido con el nombre de *Psicologismo inglés*. Perdonen Vds. que me detenga unos momentos junto a estos problemas, pero es necesario para apreciar en todo su valor la actitud mental de Varela. Seré lo más objetivo posible: el conocimiento es una correlación entre un sujeto y un objeto enlazados por un pensamiento. Los elementos esenciales del conocimiento son, pues, el sujeto que conoce, el objeto conocido y el pensamiento que los une.

El psicologismo inglés desconecta entre sí estos tres elementos, y atiende sólo al pensamiento, prescinde de la enunciación que éste hace, de su carácter lógico; y prescinde, también, de toda referencia al objeto, de su carácter ontológico. Como consecuencia de ello, obtiene una visión parcial del problema, y deja limitado el campo de la filosofía a pura psicología.

Varela, en su preocupación por el origen de las ideas, superestima el aspecto psicológico, y desatiende el ontológico. Por otra parte, este desdén por la ontología es una nota característica de todo el pensamiento de su época, el cual se extiende con el positivismo, y llega hasta nuestros días con las escuelas neo-kantianas.

Varela, sin embargo, no sigue tanto a Locke como lo hiciera después don José de la Luz y Caballero. Este aspecto de su pensamiento se inclina, aunque con reservas como veremos, a Condillac. En Condillac convergen las enseñanzas del psicologismo inglés y del racionalismo francés. Para él las ideas no son más que sensaciones o sensaciones transformadas. Las ideas que tenemos de los objetos sensibles no son en su origen más que las sensaciones que las representan. Pensar estriba en exponer las relaciones de igualdad entre las ideas, lo cual se consigue mediante el lenguaje. El lenguaje no es más que el método para analizar



los fenómenos de la Naturaleza, y la lógica es la gramática universal de todas las lenguas. Las *Lecciones de Filosofía* de Varela llevan como lema esta proposición de Condillac:

Yo no escribo sino para los ignorantes. Como ellos no hablan el lenguaje de ninguna ciencia, pueden con más facilidad entender la mía, que está más al alcance que ninguna otra, por haberla sacado de la Naturaleza que les hablará como yo.

Si comparamos la parte que en sus *Lecciones de Filosofía* dedica Varela a la lógica, con la *Lógica o primeros principios del arte de pensar*, de Condillac, notaremos en su estructuración y exposición grandes analogías que no por eso privan de originalidad al pensamiento del profesor cubano.

Varela fué, como Condillac, un sensualista. No creía en las ideas innatas; y así lo reconoce en una carta, muy orientadora por cierto, que escribe en 22 de octubre de 1840, en la que se expresa así:

Puedo decir que cuando estudié filosofía en el Colegio de San Carlos de la Habana, era cousiniano, y que antes lo fueron todos los discípulos de mi insigne maestro el Doctor Don José Agustín Caballero, que siempre defendió las ideas puramente intelectuales, siguiendo a Jacquier y a Gamarra. El Sr. O'Gaban, que le sucedió, y con quien acabé mi curso de filosofía, varió esta doctrina, admitiendo la que de ahora, con un terminito de moda llaman "sensualismo". Y yo, que le sucedí en la cátedra, siempre la enseñé, aunque sin tanto aparato.

Con esto no quiero decir que Varela haya seguido en todo a Condillac, pues lo combate en su *Miscelánea filosófica* diciéndonos:

El juicio no es la reunión de dos ideas, como dicen los escolásticos, ni de dos sensaciones, según quiere Condillac.

Y al final de su vida, poniendo de relieve la gran independencia de su espíritu, se aparta bastante del sensualismo, y deja de ser un admirador de Condillac, motejando sus construcciones de "carpintería filosófica".

Idéntica es la reacción de Varela frente a otro pensador, muy en boga en su época, el lógico francés Destutt de Tracy, quien denominó "ideología" la parte de la filosofía que estudia el problema del origen de las ideas. El discurso de admisión de Varela a la Sociedad Patriótica de La Habana, lleva este título: *Demostrar la influencia de la Ideología en la sociedad y medio de rectificar este*

ramo. En el mismo defiende Varela "dicha ciencia", la cual hace consistir en "reducir las ideas del hombre a su verdadero origen, indicando los pasos con que se fueron desenvolviendo las facultades intelectuales".

Los primeros nueve capítulos de la *Miscelánea filosófica* son simplemente—como el mismo Varela reconoce—unos extractos de la *Lógica* de De Tracy. Sin embargo, en los pasajes en que no está de acuerdo con el autor, o cree necesario agregar alguna explicación, lo expresa con una nota; y más tarde discrepa de dicho pensador, a quien acusa de haber dado "cierto aire de misterio a las frívolas observaciones de Condillac" (Artículo publicado en la *Revista Bimestre*).

* * *

Otra nota esencial en el pensamiento de Varela es su eclecticismo. El eclecticismo no es propiamente un sistema, sino más bien una actitud mental frente a los problemas de la filosofía. Dicha tendencia se caracteriza por dejar en libertad al pensador para escoger entre sistemas diversos las doctrinas que crea más correctas, sin que esto signifique, como muchos piensan, que sea un afán de conciliación de opiniones divergentes. Es, por el contrario, afán de libertad, rebeldía espiritual para romper los estrechos moldes de todo dogmatismo.

En tiempos de Varela esta actitud mental estaba muy difundida. Su maestro, el padre José Agustín Caballero, había escrito ya, en 1796, sus *Lecciones de Filosofía Ecléctica*; y el primer trabajo del propio Varela es una serie de proposiciones en latín para los ejercicios de los alumnos, en las cuales hace profesión de fe ecléctica con estas palabras:

Es la mejor de todas aquella filosofía en que, hallándose más remotas las causas de los errores, buscamos la verdad, y como la filosofía ecléctica es de esta manera, luego, la mejor de todas las filosofías es la ecléctica.

Y agrega:

Lo que la filosofía ecléctica quiere, es que tengas por norma la razón y la experiencia, que aprendas de todos; pero que no te adhieras con pertinacia a nadie.

En su *Lección inaugural al curso de 1818* define aún más esta posición con estas palabras:

Mis discípulos tendrán una plena libertad de discuirir y proponer sus pensamientos del modo que cada uno pueda. La emulación rara vez llega a ser racional, y por lo general degenera en un encubrimiento de pasiones despreciables. Ella no entrará en mis clases, si yo no soy muy desgraciado. Entre nosotros nadie sabe, y todos aspiramos a saber....

Hay un idioma *greco-latino-bárbaro-arbitrario*, que llaman "escolástico", y unas fórmulas y ceremonias que dicen se deben enseñar en las clases de filosofía. Yo no enseñaré nada de esto porque no soy maestro de idiomas, ni de formulajes, sino un compañero que va facilitando a los principiantes el estudio de la naturaleza, la cual no es de ningún idioma, ni admite reglamentos.

Me importa que no confundan este eclecticismo de Varela con aquel otro propugnado por Víctor Cousin, que originó la famosa polémica entre don José de la Luz y Caballero y don Manuel González del Valle. El eclecticismo de Cousin fué una simple proyección del hegelianismo en el pensamiento francés. Es un optimismo histórico que pretende cohesionarlo todo y justificar las realidades del presente. De ecléctico Cousin no tiene más que el nombre, ya que su doctrina aspira a imponerse como una autoridad. Varela, sin terciar en la conocida polémica, se pronunció contra Cousin y sus discípulos, en la antes citada carta de fecha 22 de octubre de 1840, de la cual subrayo lo siguiente:

No pude menos de admirarme que Cousin haya hecho tanto ruido, cuando no ha hecho más que repetir lo que otros han dicho; pero al fin debo ceder a la experiencia y confesar que hay *nadas sonoras*. También ha llamado la atención Cousin reviviendo el principio de la autoridad filosófica, y reuniéndolo con el eclecticismo, siendo enteramente contrarios, pues el que cede a una autoridad no tiene elección.

* * *

Una constante del pensamiento del maestro cubano es las pocas huellas que hay en él del idealismo alemán, máxime cuando éste fué el movimiento filosófico de más arraigo en su tiempo. Bachiller y Morales afirma que Varela enseñó "las nuevas doctrinas de Leibniz", yo me atrevo a poner en duda esta opinión. Leibniz fué el primer gran opositor del sensualismo. Este enseña que

nuestras ideas proceden de la experiencia, que no hay ideas innatas en el hombre, lo cual formula con el viejo adagio latino "nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos". Leibniz le sale al paso pidiendo que a dicho adagio se añada: "salvo el intelecto mismo", es decir la mente humana con sus leyes, sus gérmenes, con todas sus posibilidades de desarrollo que no necesitan más que desenvolverse al contacto de la experiencia. Para Leibniz hay verdades "de hecho" producto de la experiencia; y verdades "de razón" que son hijas de la mente misma. Varela rechaza esta posición, que llama "de término medio", y defiende, en lo general, el sensualismo.

Bueno es que agreguemos, sin embargo, que creía que toda discusión sobre el tema del origen de las ideas carecía de importancia para una verdadera filosofía, pues "todos los filósofos deben de convenir sobre el origen de las ideas, o todos defienden un absurdo". Y en las ya citadas *Lecciones de Filosofía* añade:

Lo mismo dirige el entendimiento para la adquisición de las ciencias un innatista que un sensualista, así no importa mucho decidir cuál de los dos sistemas es el verdadero.

Ese innatismo de Leibniz, que rechazara Varela, echa las bases del apriorismo kantiano. Las "verdades de razón" son "*a priori*", independientes de toda experiencia. Este apriorismo kantiano fue rechazado igualmente por Varela. En el tomo II del *Expositor Católico*, periódico mensual que publicaba Varela en Nueva York hay un artículo suyo titulado: *Ensayo sobre la doctrina de Kant*, en el cual analiza al maestro de Koenigsberg sin mostrarse entusiasmado por sus enseñanzas. Me limito a apuntar el hecho, ya que, como veremos después, algún crítico ha llegado a afirmar que Varela "no conoció a Kant". Lo cierto es que el maestro no se sintió atraído por el idealismo alemán; su condición de pensador ecléctico lo lleva siempre a analizar por sí mismo. Algo análogo le ocurre con Descartes, cuya idea de substancia es objeto de esta severa frase de la *Miscelánea filosófica*:

Los filósofos han dicho que hay un sujeto que sustenta las propiedades y por esto le llamaron substancia. Ellos dicen lo que piensan y no lo que han observado.

Varela tuvo una idea clara de la filosofía y de sus problemas, y es éste quizás el mayor de sus méritos. En su tiempo la filosofía abarcaba gran número de esas disciplinas que hoy llamamos ciencias particulares, las cuales se han ido poco a poco desgajando del tronco común del cual surgieron, para constituir ramas independientes del saber. Era entonces una ciencia enciclopédica que comprendía, según la vieja clasificación de Aristóteles, la lógica, la física y la moral. El maestro cubano se ajustó a ese plan, incluyendo la física, la química y la biología, en sus *Lecciones de Filosofía*. Pero no por eso dejó de tener una visión correcta de la verdadera misión de la filosofía. Para él esta ciencia deja de ser, como quería Platón, saber adquirido, epísteme, terreno conquistado por el conocimiento, y se convierte,—como admitimos hoy— en “afán de saber”. Así nos dice:

Todos los hombres tienen un deseo de saber y una luz natural, que les indica el modo de conseguirlo. Los conocimientos adquiridos por este medio forman la filosofía... una ciencia tan antigua como el género humano, pues desde que hubo hombres se dirigieron por la luz de la razón para adquirir conocimientos, y fueron filósofos antes de pensar en serlo.

Hay, pues, dos clases de saber: el que tenemos todos de las cosas del mundo exterior, sin haber aprendido ni reflexionado sobre ellas; y otro saber que es el que adquirimos cuando lo buscamos, que es el saber que nos hace ver problemas y misterios tanto en la realidad sensible como en los objetos ideales; éste es el saber filosófico, que significa más que el propio saber; pues encierra en sí esa divina inquietud, el afán, el deseo de conocer y de descubrir. Ser filósofo no estriba, como muchos piensan, en llenarse de conocimientos en los libros, para aplicarlos luego al dominio de la realidad; sino que estriba, por el contrario, en pasarse la vida buscando nuevas ideas y nuevos conceptos.

Conocida es la anécdota de la pregunta formulada por su discípulo Escobedo a Varela, cuando después de haber leído algunas cuestiones de filosofía especulativa le hubo de preguntar: “¿Para qué sirve esto?” Interrogación, confiesa Varela, “que le hizo despertar como despierta un hombre de un profundo letargo”, y podemos asegurar que se mantuvo despierto durante todos los años de su vida.

Filósofo, repito, no es sólo el que sabe, sino el que obra y se proyecta en el mundo y en la vida de acuerdo con el saber adquirido. Varela no fué uno de esos pseudo-filósofos que se recluyen en sus celdas como los enlastrados del Renacimiento, sino que siempre postuló y demostró, con su ejemplo, que el verdadero pensador debe actuar en la vida.

En el *Elenco de 1816* nos dice:

Decir que pasa *una vida filosófica* el hombre que, retirado y sin atender más que a sí mismo, vive entre sus semejantes sin interesarse en los bienes de la sociedad, es el mayor absurdo, aunque vemos practicarlo con frecuencia.

Por eso lejos de encerrarse en el limitado horizonte de la mera enseñanza, se interesó por la sociedad en que vivía; procuró la desintegración del caduco sistema colonial español y no titubeó en ir a reclamar al gobierno de la Metrópoli reformas en la legislación del país y libertades para su patria. Actitud que, como Vds. saben, lo lleva a morir en el destierro. Supo así completar con su actuación en la vida su pensamiento de filósofo.

En resumen, como notas valiosas en el pensamiento de Varela debemos señalar su actitud liberal que lo lleva a delimitar pulcramente la filosofía de la religión, labor más meritoria aún dada su condición de sacerdote católico; su franca posición idealista que inicia entre nosotros esta tendencia con una continuidad asombrosa hasta el positivismo de Varona; su atención a los problemas psicológicos, que coadyuva al desarrollo de esta ciencia; su eclecticismo, que lo lleva a pensar por sí, a enseñar a pensar sin más guías que la razón y la experiencia, y a huir siempre de los dogmas y sistemas; su repulsa a la oscura metafísica hegeliana, que aspiraba a cohesionar las realidades bajo el falso ropaje del eclecticismo coussiniano; y, sobre todo, su clara idea de la misión de la filosofía, que lo conduce a adoptar una pulcra actitud de pensador independiente, y a proyectarse sobre las realidades de su tiempo.

En América, el valor del pensamiento de Varela ha sido justamente apreciado. Sus libros han servido de texto, durante muchos años, en más de una universidad iberoamericana. En España, por el contrario, escritores que han colocado sus prejuicios políticos por encima de la razón han hecho objeto de desfavorable crítica al maestro cubano. Entre éstos debemos recordar a Mar-

celino Menéndez y Pelayo, y a su discípulo Bonilla San Martín. Este último, sobre todo, es apasionadamente injusto con Varela en un estudio que publica en su obra *Los mitos de la América precolombina*. Niega Bonilla originalidad a Varela, y es él quien afirma textualmente que “no conoció a Kant”. Ya hemos señalado lo erróneo de esta afirmación. Lo curioso es que Bonilla cita en su estudio la biografía escrita por José Ignacio Rodríguez y un trabajo de Cuevas Zequeira publicado en la *Revista de Filosofía* de Buenos Aires; en ambos trabajos se hace mención del estudio de Varela sobre Kant, a que antes me he referido. Forzoso será convenir que no fué Varela quien desconoció a Kant, sino el Sr. Bonilla quien no ha estudiado a Varela. Por otra parte, entiendo Bonilla que Varela sólo hizo obra de divulgación de doctrinas de segundo orden, ya superadas en su tiempo; lo cual tampoco es exacto. Varela se orienta, como todo pensador, en el saber de su época, pero no adscribe su pensamiento a ninguna escuela o sistema, y si no se atuvo a la metafísica del idealismo alemán—que parece ser lo que no agrada a Bonilla—, fué, por dictamen de su propio criterio y en el ejercicio de su autonomía de pensar, la cual siempre postuló y practicó hasta su muerte.

Naturalmente que hoy, a distancia, debemos admitir que la filosofía de Varela está superada. Tras él ha pasado esta disciplina por la oscura noche del positivismo; por el esfuerzo idealista del neokantismo y la agonía de éste al convertirse en abstracto logicismo; y por los nuevos horizontes abiertos por la fenomenología y la filosofía existencial. Sin embargo, la fenomenología y el existencialismo tienen, en su origen, un punto de partida común con el pensador cubano. Ambos surgen de aquella línea platónico-agustiniana que antes señalé a Vds. y en la cual se mantuvo Varela toda su vida.

* * *

Estamos aún en el aula del Seminario. Ha terminado la lección. El joven profesor, según su costumbre, se retira a su cuarto acompañado de varios alumnos para escuchar la lectura de libros de filosofía que éstos le hacen... Hay un alto en la lectura, se comenta el texto, y luego maestro y discípulos conversan amistosamente. El insiste en su tema favorito: la necesidad de pensar

por sí; enseñanza que queda fijada en la mente de los discípulos, y que será propagada por los maestros del colegio *El Salvador*, conservada y difundida por la otra generación que sigue las enseñanzas del poeta Mendive, y convertida en precepto normativo por el alumno predilecto de éste, José Martí, cuando postula: "El primer deber del hombre es pensar por sí mismo".

Varela, lo mismo que Martí, enseñó al hombre a pensar por sí. Pero entre los deberes humanos el de pensar es el más difícil de cumplir. El pensar hace al hombre persona y le gana la libertad; por eso los enemigos de la libertad lo son también del pensar. Hoy se quiere acabar con la libertad de pensar. No hay diferencia alguna entre la reacción que arroja a Varela al destierro y paga esbirros para asesinarlo, y los dogmatismos totalitarios que aspiran a ahogar al mundo. Hoy, como entonces, es una mala época para los que quieren pensar por sí. Varela, desde esta humilde cátedra a donde he conducido a Vds., luchó siempre por la libertad de pensar; y aunque sus esfuerzos no fueron baldíos, se dió cuenta de que quedaba mucho por hacer; y al final de su vida escribe desde Nueva York estas palabras, de un rico sabor criollo:

En el campo que yo chapeé... han dejado crecer mucha manigua;... y como no tengo machete, ... y además el hábito de manejarlo, desearía que los que tienen ambos emprendieran de nuevo el trabajo.

¿Qué diría ahora, cien años más tarde, cuando se apagan las luces en el mundo, y se habla de un "nuevo orden" que obliga a pensar como quieren los gobiernos? Su mensaje cobra vigencia y actualidad. Debemos "chapear" de nuestro suelo toda doctrina y toda tendencia que destruyan la libertad y opriman las ideas; y esgrimir ante el ataque la única defensa posible: el pensar por nosotros mismos, y el obrar de acuerdo con nuestro pensamiento.



Posición Filosófica de Varela

por Antonio Hernández Travieso

España es muy pobre en filósofos, y después de Jovellanos, no ha producido un educador comparable a Varela y a Luz. Está pues vencida por esa colonia que no tiene motivos para alabar su ternura.

Con estas palabras se expresaba en 1892 J. M. Guardia en la más importante de las publicaciones filosóficas europeas de la época. Me refiero a la *Revue Philosophique*, que dirigía en Francia Th. Ribot. Tales aserciones servían para contornear y fijar la posición filosófica de Varela, humilde sacerdote cubano en la no menos humilde isla de Cuba, respecto a la de España, que no podía —según el propio Guardia—

reconocer de modo mejor su pobreza de filósofos, que llevando sobre el pavés a Jaime Balmes, fecundo pedante escolástico, que no fué en realidad más que un amplificador de seminario y un resucitado de la Edad Media.

Varela llegó a su cátedra a los escasos veinticinco años. Antes que él habían desfilado por ella dos hombres notabilísimos, José Agustín Caballero y Rodríguez y Juan Bernardo O'Gavan y Guerra, que fueron sus maestros en el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, la famosísima institución escolar que surge sincrónicamente con la expulsión de los jesuitas. Advenía a su cargo de profesor en circunstancias excepcionales para su doble vocación filosófica y religiosa, porque también por esa fecha acababa de ser ordenado presbítero.

Si hacemos breve recuento de la filosofía que solía enseñarse por entonces en Iberoamérica, no hallaremos otra que la escolástica. A excepción de México, con Juan Bautista Díaz de Gamarra, cuya *Elementa recentioris philosophiae*, aparecida en 1774, esboza como obra de conjunto una débil protesta contra el peripato, no existe

noticia de reformador alguno del ambiente rancio en que se desenvolvían las enseñanzas filosóficas en nuestro continente hasta el advenimiento, no ya de Varela, —que es un profesor moderno de filosofía, cuyos programas no tenía empacho en recomendar para el bachillerato francés la *Revue Philosophique*—, sino de Caballero y O'Gavan. La prueba de que no existe hasta la aparición de estas figuras cubanas reacción seria contra el escolasticismo, nos la brinda el Tribunal de la Santa Inquisición mexicana al ordenar suprimir de un informe emitido por O'Gavan en 1808 a la Sociedad Económica de La Habana, el siguiente y herético párrafo:

Locke y Condillac, estos dos sabios ideólogos, abrieron el camino a Pestalozzi, y vimos al cabo, por unas pruebas sensibles, por un sistema práctico de enseñanzas, los felices resultados que prepararon las especulaciones de aquellos dos genios inmortales. Así que nadie podrá atacar a Pestalozzi sin declarar al mismo tiempo la guerra a las preciosas verdades que nos han dejado consignadas en sus escritos el profundo Locke y el admirable Condillac.

O'Gavan, que era clérigo, no pudo sustraerse a la guerra, para decirlo con sus propias palabras, que le desencadenara el Santo Oficio mexicano. ¿Y qué nos demuestra ésto? Sencillamente que es de Cuba de donde parte el intento profundamente renovador, anti-escolástico, en filosofía en Iberoamérica, y que son profesores cubanos los que se alzan con voz cálida y además seguro desde sus cátedras para explicar a Descartes, a Newton, a Locke, a Condillac.

Empero, no todo estaba hecho en filosofía en Cuba cuando Varela comienza sus clases en el Colegio San Carlos. Por lo menos se continuaba explicando en latín, y con matemática y cronológica precisión cada final de curso se reunían los buenos escolares con sus maestros a disputar silogísticamente sobre todo lo humano y divino, ante un público ignorante y abigarrado que frenéticamente —y como lo satirizara Buenaventura Pascual Ferrer— solía entusiasmarse con el bellaco que más vociferase sus latinazgos, aunque de sus conclusiones salieran malparadas la esfericidad de la tierra y la gravitación de los cuerpos en el espacio. Barrer con los últimos y formales baluartes del inutilismo peripatético fué la labor primera de Varela, sostenido y alentado por un gran obispo, de gratísima recordación para nuestra historia cultural, Juan José Díaz de Espada y Landa. Así es que para 1812, y aunque escrito en latín, aparece un elenco de clase que es presidido por un verso,

más que virgiliano, lucreciano en su espíritu y esencia: "*Felix qui potuit rerum cognoscere causas*", dando a entender nuestro profesor la importancia con que serían estimados los conocimientos verdaderos, sólo obtenibles por una metodología científica rigurosamente adecuada. De ahí que exprese aforísticamente y como tema de ulterior desarrollo: "La única regla para adquirir la verdad es el análisis mental", y que el "método cartesiano tenía que admitirse siempre, por cuanto no debíamos formar juicio ninguno sin previa meditación". Conocer la naturaleza, la *físeos*, sólo puede hacerse, dice también, a través de la "experiencia y la razón", pues ellas "son las únicas fuentes o reglas de los conocimientos en esta ciencia". Estos datos que copiamos de una carta dirigida por Bachiller a Mestre, nos dan el trazo de lo que será la proyección pensante de Varela y que nosotros, en la tasa de un tiempo de conferencia, vamos a estudiar apretadamente en esta tarde por invitación generosa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que preside este hombre excepcional, como historiador y como humano, que es don Emilio Roig de Leuchsenring.

En otro elenco que ve la luz al año siguiente, ya Varela va a darnos la tónica de lo que estima, con moderno criterio, sobre la separación que debe existir entre teología y filosofía. Tal separación la expresa en un pensamiento que nunca es vano reiterar: "La autoridad de los Santos Padres en cuestiones filosóficas es la misma que la de los filósofos que ellos seguían". Quiso traer a discusión el "*Credo ut intelligam*" (Creo para comprender) frente al "*Credo quia absurdum est*" (Creo porque es absurdo), temas de la vieja patrística que continuaban imperando como un freno teológico, para ridiculizar atrevidamente la calidad de las enseñanzas peripatéticas. Años más tarde, en precioso estilo filosófico, aclarará con las siguientes palabras su intención:

Hay unas ciencias naturales que propiamente no merecen este nombre sino en cuanto a la aplicación que en ellas se hace de otras ciencias, y tales son la mineralogía, la zoología y la botánica, que sólo sirven para presentarnos una colección de portentos de la naturaleza. ¿Y cuál puede ser el resultado? Conocer mucho más la sabiduría y omnipotencia de su autor, y prepararnos para admitir otros muchos hechos incomprensibles, siempre que se pruebe que tienen la misma causa. He aquí evidente que estas ciencias lejos de perjudicar favorecen la religión. Hay otras ciencias cuyo objeto es la cantidad, y están comprendidas bajo el nombre genérico

de matemáticas, y éstas por la solidez y claridad de sus demostraciones alejan todo sofisma de nuestro entendimiento, y nos hacen percibir la gran potencia de los seres y la infinita de su causa, dándonos de este modo continuas lecciones de religión, pues no son otra cosa que pruebas evidentes de nuestra impotencia comparada con la acción de la naturaleza, y la demostración de la infinita sabiduría en los movimientos que tan armoniosamente dirigen el gran sistema del universo. ¿Qué puede haber en tan sublimes cálculos y en un estudio tan profundo que se oponga a la creencia religiosa? Podrá haber mucho contra la ridícula superstición, pero esto prueba que el estudio de estas ciencias lejos de formar incrédulos rectifica los creyentes.

Palabras tan hermosas sirven para confirmar la ejecutoria científica de un hombre liberal en religión y en sabiduría. No puede maravillarnos con ingenuidad de descubrimiento que Varela, aunque escriba sus primeros trabajos en latín, explique sus lecciones en bueno y sabroso romance castellano, no obstante—y como nos cuenta aquel José María Casal que fuera su discípulo y devoto amigo—que “hablaba el latín con la facilidad y la elocuencia que es posible en un idioma muerto”. Varela, consumado humanista, que había manejado con profusión los clásicos, no aspira a deterrar el latín por furor ignorante contra Roma, sino contra los *magistri* que hablaban algo menos que un bajo latín, una lengua bárbara con la que pretendían enseñar filosofía. Las razones que mueven a nuestro filósofo a innovar se encuentran nítidamente perfiladas en un libro que publica en 1819 y que es como la programática de sus reformas docentes en el Colegio San Carlos, la *Miscelánea filosófica*. En estilo desenvuelto y en cierto modo lozantemente desenfadado nos dirá:

El idioma latino ha perdido entre nosotros toda su dignidad desde que lo usan las escuelas; porque es imposible tener más acierto que el que han tenido nuestros escolásticos para cometer barbarismos y solecismos.

Además, el latín resulta inadecuado como vehículo de enseñanza, apunta con fino discernimiento psicológico, porque el estudiante tiene que “practicarlo muy despacio corrigiendo con tranquilidad los defectos, y procurando imitar los grandes modelos del siglo de oro”, al tiempo que aprende filosofía, es decir, un objeto desconocido, por lo que la actividad atencional no puede bipartirse simultáneamente. Y se pregunta:

¿No es andar a oscuras creer que en el escolasticismo adquiere perfección la lengua que habló Tulio?

La aparición en español del tercer tomo de sus *Institutiones philosophicae eclecticicae ad usum studiosae juventutis* le coloca como el más avanzado reformador docente en España e Iberoamérica. Aparecido bajo el rubro de *Institutiones de filosofía ecléctica para el uso de la juventud*, se publicó en la imprenta de Boloña en 1813 y comprendía la moral. Los otros dos anteriores volúmenes abarcaban la lógica y la metafísica. Esa obra primeriza de Varela se ha perdido lamentablemente. Nuestro sucinto análisis va a contraerse, por tanto, a los datos recogidos, en sus respectivos comentarios, por Bachiller y Morales y José Manuel Mestre. Por ellos sabemos que la lógica que propugna, lejos de estar orientada hacia la lógica formal, lo está hacia la teoría del conocimiento, por la vía psicologista típica de la filosofía anglofrancesa del siglo XVIII, y que en él aflorará plenamente en sus *Apuntes filosóficos sobre la dirección del espíritu humano*. En metafísica establece, según ya afirma Bachiller, el "deslinde de esta ciencia con el alma". Es decir, con las cuestiones teológicas sobre el alma. En tanto que en el tomo consagrado a la moral, hace tomar a ésta un sesgo marcadamente practicista, capaz de dirigir la voluntad del hombre, como la lógica aspira a bien dirigir su inteligencia, o la higiene y la medicina dirigen su sensibilidad en lo que respecta a la conservación de los órganos humanos. Moral dinámica, se adecúa en sus aristas mínimas con la actitud especulativa del siglo que se apartó de la concepción unitaria del cosmos para adentrarse en el hombre mismo. Pero no sería exacta nuestra reseña si excluyésemos un cuarto tomo de las *Institutiones*, aparecido en 1814, en el cual trabaja sobre ciencias naturales, "llegando hasta comprender—según afirma José Ignacio Rodríguez—aquellas nociones de matemáticas que se consideraban necesarias para la inteligencia de la física". En el año de referencia también publica un elenco de fin de curso repleto de proposiciones sobre geografía, astronomía, física, química y botánica, que hacen exclamar al patriarca de la erudición cubana, Bachiller y Morales:

Puede sostenerse que por la época en que publicaba este elenco era aquélla la vez primera que en un colegio seminario español se enseñaban en castellano aquellos ramos y doctrinas desatendidos por completo en las universidades.

Para una cabal comprensión de la postura pensante de Varela pasaremos por alto la consideración formal de una primera etapa de su actividad que va lógicamente de 1812 a 1814, limitándonos al *Elenco de 1816*. Podremos obtener así, aunque deficientemente un esbozo de sus doctrinas, considerando, por supuesto, las influencias determinantes en éstas.

Dicho *Elenco de 1816*, verdadero esquema de las *Lecciones de Filosofía*, comienza por un tema privativo de la gnoseología: la posibilidad del conocimiento. “El alma—dice—adquiere sus conocimientos (por intuiciones sensibles) y es luego que guía el producto de su adquisición en el desenvolvimiento de los actos humanos”. Pero no todo cuanto adquiere el alma es conocimiento valedero, por lo que hay que desentrañarlo metódicamente en una labor de análisis y síntesis (descomposición y recomposición) de las ideas. Ahora bien, se hace necesaria una facultad primera para la adquisición del conocimiento, tomándola el alma de la propia naturaleza, que “nos da las primeras lecciones del análisis” y perfeccionándolas en las ascendentes necesidades del hombre, “por lo que la sociedad aumentando en parte las necesidades humanas, es una fuente abundante de conocimientos”. Colocado con perspectiva psicologista en el marco lógico, sienta Varela cómo las ideas singulares son aprehendidas primero que las universales, desestimando de paso que sean los géneros y las especies lógicas verdaderos entes universales, sino “meras denominaciones”, puros conceptos que “sirven para hacer expedito nuestro lenguaje y promover el análisis”. Toca a él atisbar temas preferentes de la lógica moderna, como lo demuestran sus valoraciones metodológicas a las que precede previsora-mente con la enumeración de los factores capaces de entorpecer los conocimientos, que son, desde luego el uso y el abuso de la autoridad para los temas científicos, hasta el defectuoso y torcido sistema pedagógico que se sigue en la enseñanza de los niños. La parte dedicada a la metodología de la ciencia plantea el error que se deriva de aprender el conocimiento de las cosas por principios generales, y con ello el falso metafisiqueo a que conduce tal método: “No pertenecen a la naturaleza de las ciencias los innumerables sistemas y suposiciones de que se han llenado los hombres, sujetando la naturaleza a sus ideas y no las ideas a la naturaleza. . . .”

Llevado a considerar en su *Examen segundo* los objetos meta-

físicos, niega la existencia formal de dichos objetos, atribuyendo las propiedades o predicamentos de las cosas, no como algo distinto y separable de ellas mismas, no como esencias y substratos reales, "sino solamente como unas relaciones que tienen entre sí, causando en nuestros sentidos diversas conmociones". En una irónica y sagaz burla que hace de los filósofos buscadores de la substancialidad y que no la encuentran "porque buscan lo que no hay", no queda exento Condillac, del que dice: "El mismo Condillac incurrió en este error y habla de este sujeto incógnito que está bajo las modificaciones, y del que según su juicio nunca hemos presentado una definición exacta".

Varela, que quiere al final de su vida transar la eterna disputa entre cartesianos y lockianos y preocuparse más que del origen de las ideas, de las ideas mismas como puros fenómenos, se coloca en un dualismo de materia y espíritu, que no obstante pretender conciliarlo con las bulas papales y sus propias ideas religiosas, deja suficiente y amplio resquicio para dar cabida a las doctrinas vitalistas propias de su época:

Juzgamos—dice—que el alma no vivifica el cuerpo, y que las funciones vitales y naturales son resultados de la misma economía animal. Todos han concedido siempre que el alma no puede impedir estos actos, y nosotros agregamos que no los produce, y siendo ésta una materia que ni directa ni indirectamente pertenece a la fé, ni a las costumbres, que es lo único que los Concilios quisieron establecer, . . . estamos con todo el derecho de sostenerla como dictada por la razón y comprobada por la experiencia.

Deja reducida el alma al papel unitario de conciencia psicológica, criterio peligroso para un sacerdote católico, vigilado de cerca por frailes ignorantes y teólogos discutidores, escasos de ciencia pero exúberos de malintención, que pudieran columbrar—si es que lo sabían—un incipiente monismo materialista en la explicación vareliana que seguía paso a paso las modernas y recién estrenadas doctrinas de Marie Francois Bichat.

Indicó claramente Varela la separación absoluta e irrevocable entre el hecho psíquico en sí, sus leyes y manifestaciones, y la cuestión trasmundanal del espíritu. Quería señalar quizás —influido por el empirismo inglés— la existencia de una psicología sin alma. Pero su indicación quedaba un tanto a medias porque en vez de aceptar con los ideólogos la intervención del cerebro en nuestra

vida psicológica, comienza por combatirla al desmentir la parte deleznable de la teoría de los "locus cerebrales" de Gall y su discípulo Spurzheim, y de paso al cerebro mismo "como órgano del sentimiento". Se aparta de Cabanis para admitir con Buffon que el centro de nuestras afecciones es el diafragma. Actitud de veras singular y sospechosa en Varela que tan documentado se encontraba en argumentos científicos con que rebatir a los frenólogos. En estas impugnaciones a los localizacionistas, cuesta seria dificultad aceptar que Varela desestimase el papel principal que juega el cerebro como centro director de nuestra vida. Ante el hecho no cabe otra suposición que el maestro temiese, como temiera Buffon en su época, ponerse a dos pasos de la herejía y el materialismo. Porque los ideólogos, al estimar de igual naturaleza que el resto de los órganos al cerebro, estimaron que las ideas—sus secreciones, para usar su denominación preferida—gozaban de la misma cualidad material que el órgano productor.

En la parte consagrada a la teodicea no admite discusión alguna—como expresa—sobre la existencia de Dios. Malos filósofos, afirma, son sus negadores. "La verdadera filosofía supo siempre cuál era su origen, le confesó y acató". Enlazar estas consideraciones con el problema de la libertad, es preocupación máxima; aquella debe ser conforme a la sabiduría divina. O sea, sin trabas, infinita. El fatalismo, en tanto, lo califica de ultrajante a la divinidad: "La libertad produce innumerables utilidades, y es el principio del bien social; por el contrario el fatalismo, si lo hubiera, sería el destructor de todo lo recto". De esta manera va a presentarnos secuentemente y en fácil desenvolvimiento la cuestión moral. Así estima que la libertad se halla condicionada a normas que se agrupan bajo un "principio directivo de las acciones humanas . . . cuyos dictámenes acerca de las verdades evidentes que enseñan al hombre lo justo, forman el derecho natural". El derecho natural, que surge como emanado del puro raciocinio, "no tiene otra norma que su misma evidencia, que enseña lo que le conviene o repugna al hombre, a sus semejantes y a su Criador". Es decir, que sólo de una manera intuitiva comprenderemos esa trascendentalización del principio directivo de nuestro obrar ético. Y a tal punto lo comprende, que concluye afirmando: "Son, pues, inútiles las cuestiones de los filósofos acerca de la norma o principio directivo del derecho natural". Pero no se queda estancado en esta

explicación última, de carácter metafísico, sino que la explana en concreciones morales, que por jerarquía de su propia naturaleza son buenas o malas. Tal derivación va haciéndose cada vez más real hasta insertarse dentro del mismo hacer social. Parte, en efecto, de una escala objetiva de preferencias entre distintos valores capaces por sí mismos de suscitar amor. Así el Sér Supremo ostenta la gradación superior al amor de toda criatura; el alma al cuerpo; los justos a los perversos; los consanguíneos y compatriotas, en igualdad de circunstancias, a los que no lo son.

Varela se caracteriza por su perspicacia psicológica, y su preocupación ética tiende a aflorar en normas para una más eficiente conducta práctica. Sentencias magistrales pueden ser entresacadas de este elenco de 1816, en las que muestra ese conocimiento preciso de los intereses psicológicos del hombre. Veamos, seguidamente, algunas de esas sentencias que entroncan en buena parte con la ética de los ideólogos franceses:

El amor a sí mismo debe ser superior al que el hombre tiene a sus semejantes. . .

Debe el hombre por derecho natural amar a sus semejantes como a sí mismo, deseándoles que posean todos los bienes; pero no está obligado a privarse de los suyos sino cuando es en desigualdad de bienes, como el que pierde una parte de su tranquilidad porque otro conserve la vida; mas no está obligado a perder la salud, *verbi gratia*, porque otro la recupere.

Quienes hayan gozado de la dilectísima disertación de don Francisco González del Valle en este mismo ciclo vareliano, habrán podido constatar cuán lejos de esta proyección de moral egotista vivió su propio propugnador. Pero Varela, y es ésta la única explicación factible, conocía demasiado bien, por espíritu de escuela y por personal experiencia, los impulsos y tendencias del hombre para engañarse en tal punto. Justo será revisar, por tanto, aquellos postulados en que nos muestra una propensión a rechazar o admitir, bien en forma subjetiva e individual, bien en forma social y colectiva determinados hechos que gozan de implicaciones morales. Por ejemplo:

Es un absurdo querer destruir las pasiones humanas; pero es una obra de sabiduría rectificar el uso de ellas. Lo primero nos haría insensibles e inhumanos, y lo segundo nos conservaría el derecho de racionales.

El desafío se opone al derecho natural; es prueba de ignorancia, efecto del vicio, trastorno de la sociedad y oprobio de la naturaleza humana.

El hombre fuerte debe ser sensible a los males; pero no dominado por ellos. Los que han dicho que deben ser como insensibles, se engañan; pues no sólo deben sentir los males, sino que deben manifestar sus sentimientos, según lo indica la prudencia, y el héroe que llora a la vista de las ruinas de su patria, no es débil, sino virtuoso.

La felicidad del hombre virtuoso es imperfecta, pero no se da otra más perfecta entre los hombres viciosos.

El hombre tiene contraída una obligación estrecha con su patria, cuyas leyes le han amparado y debe sostener sus derechos y defenderla, de modo que es un absurdo decir que el hombre es ciudadano del mundo. . .

Todo hombre tiene derecho sobre los frutos de su trabajo e industria, y adquiere por la naturaleza un verdadero dominio sobre ellos.

La absoluta comunidad de bienes es un delirio de poetas, contrario a la naturaleza y fomento de la sociedad.

La igualdad de los individuos en el cuerpo social es un ente quimérico, y la misma naturaleza de la sociedad exige las diferencias individuales.

Tales postulados aclaran la perspectiva social de Varela, que explica y sigue en economía política el individualismo típico de su siglo.

Partidario de la educación femenina como factor de indiscutible progreso en el hacer de la comunidad humana, y a pesar de que ninguna sociedad feminista cubana le haya considerado seriamente como el precursor de sus luchas, nos afirma en vigoroso razonamiento:

Uno de los atrasos de la sociedad proviene de la preocupación de excluir a las mujeres del estudio de las ciencias, o a lo menos no poner mucho empeño en ello, contentándose con lo que privadamente por curiosidad pueden aprender, siendo así que el primer maestro del hombre es su madre, y que esto influye considerablemente en el resto de su educación.

Otro punto de vista no menos estimable por el valor que encierra, aún en nuestros días en que se ponen a prueba los postulados de la nueva educación es éste que afirma:

La educación por mero miedo es servil y despreciable; así como es reprehensible la demasiada libertad que deja al educando posesionarse de los vicios.

Termina el elenco, con la afirmación de su fe católica, no sin recalcar aquello que es perjudicial y nocivo al espíritu de la religión: la superstición y el fanatismo.

Simplificando y resumiendo cuanto hemos dicho, podemos circunscribir a tres etapas fundamentales las reformas emprendidas por Varela desde el Colegio de San Carlos, que abarcan del *Elenco de 1812* al de 1816. Primera, el aspecto más sugestivo, eje de toda la cuestión, constituido por el replanteamiento que hace del origen del conocimiento, inspirado mayormente en las doctrinas sensualistas anglofrancesas. La tesis vareliana es la misma de Condillac—el pensamiento no es otra cosa que una facultad refinada de percibir sensaciones—, pero sin admitir que una sensación aislada puede darnos por sí misma la certeza cognoscitiva de un objeto dado. Un juicio simple, por ejemplo, está constituido según Condillac por una doble sensación. Para Varela, en cambio, lo estará conceptualmente por innúmeras sensaciones. “¿Quién no advierte—se pregunta Varela—el gran conjunto de sensaciones a que es preciso atender para formar la idea del hombre?” A pesar de esta divergencia, Varela arriba al mismo radical nominalismo que Condillac:

El juicio—afirma—lejos de ser un acto, en que la mente forma una composición, ya sea de ideas, ya de sensaciones es por el contrario el acto en que se empeña en simplificar una idea complicada, o en hacer que se atienda a una sola propiedad de las muchas que incluye la idea que ha formado de un objeto. [Por lo que] la composición y recomposición intelectual de los objetos, es el único medio de conocerlos bien.

La segunda etapa elucida la necesidad de una transformación didáctica implicada consecuentemente en esta posición gnoseológica, porque todo aprendizaje—basado en contenidos objetivos y expresados lógicamente por conceptos—exigirá el análisis y la síntesis de la urdimbre de pensamientos que va a conocerse. Una tercera etapa se desprende de las anteriores, al considerar el estudio de las ciencias naturales como instrumento imprescindible para la certeza de los conocimientos y corrección de los conceptos universales por la detenida observación de los casos particulares. Sobre estos tres

pivotes haría obrar Varela la gran transformación de nuestra incipiente mentalidad filosófica y científica. Es su gran conquista, que completa los intentos iniciales de reforma de los esforzados Caballero y O'Gavan y la que hace que Luz, antiguo y genial compañero de aula, se considere como uno más entre los discípulos del Sócrates cubano—como solía llamársele—y diga de él: “Fué el primero que nos enseñó a pensar”.

Varela, como ha demostrado mi docto amigo Miguel Jorrín, es un ecléctico en la más pura acepción semántica, jamás del tipo cousiniano, cuyo sincretismo filosófico combatió firmemente. Es un ecléctico, porque aun dentro de la marcada afición que siente hacia Descartes o los filósofos empiristas, en muy frecuentes casos se aparta de ellos para no admitir teorías que chocan con su entendimiento. Comprobamos dicho eclecticismo cuando se aleja por igual de dos de sus filósofos favoritos, Condillac y Destutt de Tracy, al no admitir del primero su metafísica espiritualista, y del segundo, la arremetida que emprende contra el gran principio lógico de contradicción; o aun en teoría fisiológica, en que desestima al ideólogo Cabanis para seguir los postulados del vitalismo *sui generis* de Marie Francois Bichat. Es en esencia un pensador independiente que sigue con notable soltura intelectual la línea trazada en el orden filosófico y político por los ideólogos franceses, cuyo pensamiento vamos a recorrer en breve aparte para mejor precisar el contorno pensante del gran maestro de los cubanos, porque es muy frecuente hallar, aún en los mejores diccionarios de filosofía—Lalande, por ejemplo—, una imprecisa explicación de la palabra “ideología”. La poca claridad definitoria parte más bien de la acepción que toma en su época dicho vocablo. Si indagamos su progenie veremos que la ideología abarca desde una denominación provisoria de la teoría del conocimiento—y así a veces la emplea Varela—hasta toda una escuela de doctrina política. Nace aliada de la Revolución francesa, crece y puede anticiparse que con ella muere, tan pronto Napoleón se erige emperador. En ese mismo destino que corren en Francia la revolución y la filosofía ideológica, mientras la primera conlleva la libertad política, la segunda aporta el fruto espontáneo brotado de la libertad del pensamiento.

En la casa de Madame Helvétius se reúnen el propio conde de Tracy, Cabanis, Volney, Garat, Ginguené, Thurot, Daunou, el

norteamericano Benjamin Franklin y tantos otros que se aglutinan para formar un frente de confraternidad filosófica y política, y que es como la unidad dinámica que da fuerza a la escuela ideológica. Distribuyendo los papeles que corresponde a cada uno, se puede afirmar que es De Tracy el metafísico del grupo; Cabanis, el fisiólogo, y Volney, el eticista. Dicha clasificación se desprende respectivamente de los *Elements d'idéologie*, de De Tracy; los *Rapports du physique et du moral de l'homme*, de Cabanis y el *Catéchisme du citoyen français*, de Volney. A simple vista se constata que el pensamiento de los ideólogos no es propio. Lo habían encontrado en Condillac, de igual suerte que Condillac lo había tomado de John Locke. En sus *Elements d'idéologie*, dice De Tracy:

La ideología es una parte de la zoología. Es Locke según creo, el primero que la ha enmarcado bajo este aspecto; también ha sido considerada una parte de la física. Empero, es Condillac realmente el creador de esta ciencia, pero él no nos ha brindado un tratado completo al respecto, por lo que en dicho menester me propongo suplirlo.

Según De Tracy, puede definirse la ideología, como abarcadora de los siguientes puntos:

Ideología, si se toma como sujeto de investigación a las ideas mismas; Gramática general, si se estudia el medio de expresión, y Lógica, si atiende a la finalidad de las ideas... Ideología—finaliza—es un término genérico, que encierra dentro de la ciencia de las ideas, no sólo su expresión, sino también su deducción, siendo al propio tiempo, el nombre específico de la primera parte.

Por último, y como una consecuencia de esta definición, se desprende que la ideología va a comprender también el estudio de la voluntad y el de sus efectos.

Como primera cuestión excitan los ideólogos a un replanteamiento gnoseológico, que para mejor inteligencia seguiremos en brevísimo *excursus* histórico a través de Locke y Condillac. Locke no había estimado más que dos fuentes posibles de conocimientos: la sensación y la reflexión, de donde proceden todas nuestras ideas simples. Condillac se aventura a suprimir la reflexión, y con ella la actividad del espíritu: la sensación es la fuente única de todos nuestros conocimientos, y el único y admisible principio que rige nuestra actividad psíquica. Arquetípico de esta filosofía es el ingeniosísimo ejemplo de la estatua, en que por una simple transfor-

mación contrastante, la sensación deviene atención, juicio, razonamiento, deseo, voluntad. Quedaba en pie sólo un *substratum* que Condillac admite como alma y que está formado por la colección de las sensaciones que la memoria recuerda. Porque el abad protestante tiene especial interés en hacer clara y definida distinción entre alma y cerebro. A partir de tal distinción tiene que agradecer la historia de la psicología el gran aporte que prestan los ideólogos al avance de esta ciencia, ya que ellos recogen el problema allí mismo donde Condillac lo resuelve con una explicación última. Comienza por destruir la distinción hecha entre actividad del alma y actividad cerebral con un simple razonamiento: si el alma no es más que una colección de sensaciones dispersas, ella carecerá, por tanto, de unidad, y si esta colección presenta una incesante variabilidad no será por cierto identificable como una misma cosa en todo momento. Es decir, con el alma una, y ya que ésta no produce nada, no se manifiesta por ninguna energía, no es localizable, el alma no es otra cosa que mera ficción, un *flatus vocis*—como decían los escolásticos—, una substancia que no se encuentra porque carece de sér. Dos cosas existen, afirman los ideólogos, las sensaciones y el cerebro. Si la inteligencia radica en el cerebro es una dependencia de la física humana, el cerebro es el yo y el yo el cerebro, y los hechos psicológicos de igual naturaleza material que los hechos fisiológicos. “El cerebro—rotundiza Cabanis—es un órgano que segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis”.

Detengámonos un instante y repasemos ciertas aserciones que hemos hecho al comienzo de nuestra disertación. Recordemos nuestra afirmación del “*Credo ut intelligam*” vareliano, y traigamos nuevamente a colación nuestra teoría de que Varela no ignoraba la importancia del cerebro en su papel director de la conciencia. Por la primera cuestión Varela, como creyente, aspira a un mejor conocimiento de la Naturaleza, para arraigarse más en sus convicciones religiosas, sin mezclar en nada mundo y trasmundo, que son dos cosas distintas y hasta opuestas, en tanto no consideremos al primero como obra de un sér perfectísimo que mora en el segundo y cuya grandiosidad y munificencia reconocemos por su obra. Ahora bien, por la segunda cuestión, o sea en lo concerniente a la función cerebral, de seguir Varela a los ideólogos se hubiera colocado de espaldas a sus propias creencias, cosa que quiere evitar a toda costa

por la forma excluyente, radicalísima, en que está expuesta la doctrina, que resulta de un insospechado alcance materialista.

Al estudiar el funcionamiento del cerebro los ideólogos recogen una teoría del viejo Descartes, la cual despojan del consecuente animismo, y desatendiéndose de los presuntos "espíritus", aclaran que un excitante al actuar sobre los nervios produce una modificación sensorial que es transmitida al cerebro donde al hacerse consciente deviene sensación, si el objeto estimulante se halla presente. Recuerdo, si el estímulo está ausente. Percepción de asociación, si las imágenes de muchos objetos coinciden de manera simultánea. Razonamiento, si estas imágenes provocan complejas y elaboradas relaciones. Voluntad, si el objeto promueve los deseos del cerebro, etc. De todas estas operaciones senso-cerebrales se desprende, en consecuencia, que percibir, recordar, juzgar, valorar, no constituyen más que "sentir" los objetos; sentir los recuerdos, etc. Son ésas las teorías expuestas por De Tracy en los *Elements d' idéologie*, y por Cabanis en sus *Rapports du physique et du moral de l'homme*.

Tanto Condillac como los ideólogos al explicitar sus teorías de la sensación, fundamentan en ésta el origen de nuestra vida conciente. Sólo que para Condillac las sensaciones son sentidas directamente en el alma, donde se reúnen y conservan, mientras que para los ideólogos dicho proceso se realiza en el cerebro. Varela, admitiendo las sensaciones con igual valoración que ellos, va a ofrecernos, sin embargo, una variante en cuanto al proceso fisiológico, de sorprendente originalidad e insospechado alcance científico, y es que las sensaciones son sentidas directamente en el órgano modificado por el excitante. Así una herida, por ejemplo, será sentida en la región afectada del cuerpo y no por el alma. Si, como afirman algunos filósofos,

... las sensaciones no son sino el conocimiento que tiene el alma de las inmutaciones del cuerpo, ¿cuál es la causa—se pregunta—por qué cuando se destruye un cuerpo extraño no sentimos un dolor, aunque percibamos muy bien su destrucción, y lo apreciamos en sumo grado?

Dirán los partidarios de esta alambicada teoría que tal proceso es un misterio de la Naturaleza,

pero en ciencias naturales—afirma—no deben admitirse otros misterios que los que comprueba la razón... Si Dios dijera—fini-

quita—que mi alma es la que siente, y no mi cuerpo, yo lo creería, porque El formó ambas substancias, El las conserva y sabe sus relaciones más íntimas; pero aunque me prediquen todos los filósofos del mundo, yo diré que una mano me duele, y que allí está el dolor, y no en mi alma que forma idea de él.

Definir la sensación es un juego de palabras tan vacío de definición como de contenido real de este mínimo elemento de conciencia. “Sensación es sensación”, dirá, y definirla es sentirla, intuir con nuestro tacto la suavidad de una superficie, con nuestra vista la brillantez de un color. Digamos en honor de la eximia figura de Varela que sus conceptos de la sensación pueden seguir figurando actualmente en los más acabados y modernos manuales de psicología.

Retornemos a los ideólogos y veamos que las implicaciones éticas de su filosofía, expuestas principalmente por Volney y De Tracy, parten de esta capacidad de sentir del hombre. O sea de las sensaciones que le provocan los sentimientos de placer y de dolor, para deducir entonces las reglas de su conducta moral. Son pues hedónicas las raíces del proceder ético del hombre, que se halla regido primordialmente por los repliegues más profundos y ríspidos de sus necesidades biológicas. Pero entre este ser en sí brutal y primario de la vida de las tendencias y nuestro deber de satisfacer esas necesidades a través de normas verdaderamente morales, se impone una fría línea transicional que señale y limite lo que es producente y lo que es improducente en el obrar ético, que tiene su turbio origen, como se ha visto, en los impulsos congénitos a la especie. ¿Y dónde fijar esa línea divisoria? Sólo la intuición, pero una intuición irracional de tipo fenomenológico, un sentido profundo de un otro yo perdido como los impulsos en la misma actividad subconciente, puede fijarla. Tal solución no toca ofrecerla a los ideólogos. Si ellos entrevieron una función que no era adecuada al yo superficial, pleno de nuestra conciencia, sí dejaron, por lo menos en este aspecto, el camino expedito a Maine de Biran para que descubriese ese subconciente. Muchos años después Bergson construye sobre el yo profundo toda una filosofía; en tanto Freud encuentra los fundamentos mismos de toda actividad psicológica en el misterioso e incógnito hacer del subconciente, principio rector de la personalidad humana, desde la norma moral al simple acaecimiento onírico.

El bien moral, dicen los ideólogos, tiene su principio dentro de la utilidad material. El vicio y la virtud no tienen un objeto puramente espiritual y desinteresado; se encauzan—según Volney— a un solo fin físico: el de destruir o el de conservar el cuerpo. Hay una ley natural que prescribe nuestro “debe ser” en beneficio primero de nosotros mismos y luego en el de nuestra comunidad. Véase el paralelismo con Varela. La probidad, por ejemplo, nace de la propia actividad instintiva de preservar nuestros bienes; más tarde es que condicionamos el respeto que nos inspiran nuestras posesiones a las del prójimo. Moral simplista, utilitaria, relativista, también es ferozmente egotista, porque parte del cuerpo para revertir en el cuerpo mismo; pero moral práctica, científicista que se desgaja de un fundamento real, la vida psicológica del hombre, en una época de honda y fecunda crisis intelectual, en que la filosofía señala rutas sólidamente prohijadas para robustecer las ciencias particulares. Es el sello inconfundible de la décimooctava centuria, en marcado contraste con la precedente, extraviada en estupendas pero estériles elucubraciones teoréticas. Porque si fué asaz temerario el siglo XVII, cauteloso y circunspecto fué el XVIII. Temerosos de los geniales extravíos metafísicos, los filósofos relegan al país de las inalcanzables quimeras todo lo que no sea análisis de las sensaciones. Período antropológico, sucesor de otro cosmológico metafísico, es éste que vive el siglo de las luces. Es así que puede comprenderse en toda su latitud la afirmación del crítico de la historia de la filosofía, Wilhelm Windelband, al compararlo con a época de la sofística helénica.

Si en el terreno de la filosofía fueron materialistas los ideólogos, en el político fueron del más subido idealismo posibilista. Amaron concientemente las libertades del hombre que a ellos había tocado codificar, y se muestran incapaces de rendirse hasta no acabar vencidos por la fuerza bruta de Napoleón. Padres espirituales y materiales de los grandes principios democráticos por los que hoy lucha el mundo contra un Napoleón de calderilla, a ellos tocó para su desdicha, unida a la desventura política, soportar la amenaza religiosa; alcanzaron a ver retornar triunfadores a Francia a los antiguos sacerdotes refractarios, que protegidos por Bonaparte iniciaron sus prédicas del nuevo orden político.

Lo esperado, al fin, aconteció. “El reparador del orden público”, tal como se hacía llamar el tirano de Europa, no pudo per-

mitir por más tiempo la madura oposición de los ideólogos, y de un manotazo comienza a deshacerse de ellos. Suprime la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de donde habían emanado los más brillantes enfermos de De Tracy y de Cabanis. Nuevamente reunidos en casa de Madame Helvétius gestarán la caída del César. Pero en vano: la restauración borbónica dará al traste con el relapso democrático. Sus voces callarán finalmente en Francia ante la elocuencia de Víctor Cousin, que se constituye en "moderador omnipotente de la enseñanza de la filosofía en la Sorbonne bajo el reinado de Luis Felipe".

Existe un gran paralelismo entre el destino histórico de Varela y el de los ideólogos. Como ellos vivió semejantes tormentas filosóficas y políticas. Condenado a muerte por Fernando VII, tiene que huir a Norteamérica. Desde allí observa cómo muchos antiguos seguidores y discípulos de sus doctrinas sensualistas se evaden por la metafísica, para enrolarse bajo la triunfante y estática bandera del sincretismo cousiniano. Como los ideólogos franceses, sufre Varela la incomprensión política y los burdos ataques de algunos de sus compatriotas. Su incontentada aspiración a la libertad y el mejoramiento de Cuba, la exposición minuciosa y razonada que hace de las contradicciones y abusos del régimen español, le provocan, no sólo un inusitado ataque de los esbirros coloniales que pretenden asesinarle, sino la edición, en 1825, de un rarísimo folleto donde se le presentaba ante el público como uno de los tantos resentidos que toda nueva situación política provoca.

Varela, desengañado de la monarquía española, de muchos patricios criollos y aun de su propio *Proyecto de autonomía colonial*, llega a adoptar todas las facetas del posibilista político para sacudir la oprobiosa tiranía de la Península, y hace correr su pluma y su pensamiento, bien desde las columnas de *El Habanero*, o en cartas privadas, en favor de una idea fundamental: salvar a Cuba de las mezquinas garras de España. Herminio Portell Vilá, en magníficas aportaciones de investigación vareliana, pudo encontrar dos interesantes cartas de Varela al legislador norteamericano Joel R. Poinsett, donde le propone una especie de anexionismo platónico con estas palabras:

El partido más fuerte que existe entre los independientes de la Isla está porque ella se constituya por sí sola, o que en caso de

agregarse a alguna nación sea a estos Estados, no formando propiamente uno de ellos, sino mirándolos como nación protectora y estableciendo pactos políticos y mercantiles ventajosos a ambas partes.

Este proyecto se frustraría como el anterior autonómico, como se desvaneció en vaguedades e incompreensiones su ansia de independencia. Y morirá, pero con los ideales patrios más fortificados que nunca. En carta a sus familiares habrá de expresarles:

La separación de mi patria es inevitable... acaso yo he tenido la culpa por haberla querido demasiado, pero he aquí una sola culpa de que no me arrepiento.

Otra de las influencias percibidas por Varela fué la del patriarca Buffon. La monumental obra del elocuente tratadista de la historia natural no le fué desconocida. Pero más importante y decisivo es el ascendiente que ejerce en nuestro profesor de filosofía la figura señera de un joven sabio francés, Marie Francois Bichat, precisamente en los momentos en que son más discutidas sus teorías. Vitalista en una personal concepción, se aparta por igual Bichat de las teorías mecanicistas y animistas al uso para considerar dos clases de vida, una animal o de relación y otra orgánica o vegetativa, cuya actividad peculiar es la vida en general. La vida en sí misma, como esencia e impulso, no es más que una energía desconocida en su naturaleza, que hace actuar en sus funciones típicas a los tejidos.

En filosofía consistió su gran mérito en hacer una clara distinción entre las manifestaciones de la vida animal y la vida orgánica. La primera tiene por instrumentos aquellos órganos por medio de los cuales los seres vivos se hallan en relación con el medio en que están insertados; de ahí que designe dicha actividad vida de relación o voluntaria. La inferior, o sea la vida orgánica, vegetativa o involuntaria, tiene como fin el desarrollo, la nutrición, la conservación animal. Por consiguiente, es la vida vegetativa complementaria a la de relación, y ambas se encuentran tan íntimamente fundidas que no constituyen sino dos proyecciones de una misma actividad vital, cuya naturaleza última, como hemos dicho, no interesa a la ciencia positiva.

Reconoce en la irritabilidad y contractilidad de los tejidos el foco de la sensibilidad general, que oportunamente se desdobra en dos ramas distintas y ya conocidas: la animal, que es fuente del

placer y del dolor y de la que el hombre toma plena conciencia, y la orgánica, cuyos fenómenos permanecen ajenos a la conciencia animal. Con tal postura científica conduce Bichat las funciones intelectivas a la vida animal y las tendencias—el fondo oscuro de nuestra personalidad—a la vida orgánica, quedando cruzada entre ambas la afectividad, y con ello encerrada toda función psíquica dentro del marco del cuerpo, de la materia organizada. Tal contribución, en consecuencia, venía a enriquecer a la filosofía materialista, pero sobre todo a la psicología moderna, que cada vez iba apartándose más de la concepción metafísica del alma, para adentrarse en el estudio detenido de sus manifestaciones fenoménicas, y de éstas deducir las leyes más generales de la actividad espiritual.

Varela sigue los postulados de Bichat, cuyas *Recherches physiologiques sur la vie et la mort* no sólo cita en sus *Lecciones de filosofía*, sino que extrae de ellas ejemplos con que ilustrarlas. La cual teoría sobre vida animal y vida orgánica, la acepta de consuno, explicándola con la extensión que permite un manual de enseñanza secundaria. Además, creemos no sea necesaria suma prolijidad para demostrar la poderosa influencia del sabio francés cuyas doctrinas, vulgarizadas unánimemente por el mundo científico de hoy, eran aún muy discutidas en los tiempos de nuestro sabio profesor.

Antes de terminar nuestra disertación vamos a referirnos a los últimos trabajos filosóficos de Varela. Son éstos las *Cartas a Elpidio* y sus ensayos impugnadores a Kant y a Lammenais. Las primeras han provocado una serie de conjeturas sobre su posible destinatario. José de la Luz y Caballero y Manuel González del Valle en opinión de muchos podrían encarnar este personaje. A nuestro juicio, ninguno de los dos fué el *Elpidio* de Varela, entre otras razones, porque ambos ya estaban formados para que Varela se dirigiese a ellos en el tono magistral en que lo hace a *Elpidio*, abstracción con que simboliza al joven que quiere conformar en las futuras generaciones cubanas. Elpidio es un nombre que deriva directamente del griego, del vocablo "*elpts*" que significa esperanza, y Varela a través de sus admoniciones epistolares sobre la "Impiedad" y la "Superstición", señala cánones de moral práctica para colocar a *Elpidio* en la vida ciudadana como un sujeto de responsabilidad poco común al tipo del joven medio. En nuestra personal

estimativa el protagonista de las esperanzas varelianas encarnaría un mozalbete piadosamente católico, pero de un infrecuente catolicismo, porque ha sido educado fuera de las máximas de la impiedad como de la superstición y del fanatismo—materia esta última sobre la que Varela no llegó a publicar el anunciado tomo—y que son los polos que debe esquivar el verdadero *homo religiosus*. Tolerante en las máximas de su capacidad religiosa, antisupersticioso, debe *Elpidio* amar la ciencia positiva, mostrarse liberal en sus opiniones, huir de los gobernantes que explotan la superstición, el fanatismo, o la impiedad para dar pábulo a sus sórdidas maquinaciones políticas, y apartarse de los colegios donde se trata de llevar al seno de la religión a los jóvenes mediante estos dos perversos procedimientos: bien por castigos, “a la moruna”, como lo califica Varela, “que sólo produce un odio mortal hacia los que la imponen, y una aversión completa e indeleble al objeto que los causa”; bien a través de premios, que sólo

sirven para formar hipócritas especuladores, y establecer en el corazón de los jóvenes una religión puramente humana, porque se acostumbran a agradecer a los hombres y a esperar de ellos lo que sólo deben esperar de Dios.

Los otros dos trabajos a que hemos hecho referencia forman con el *Essay on the origin of our ideas*, una magnífica trilogía filosófica que demuestra que a pesar de haberse separado formalmente Varela de la filosofía, ésta siguió preocupándole hasta los últimos momentos de su vida. Estos tres trabajos son, ordenadamente, el ya mencionado *Letter of an Italian, or Lettre d'un Italien a un Français sur les doctrines de M. de Lammenais*, y *Essay on the doctrine of Kant*, y aparecieron escritos en inglés entre 1841 y 1842, en la revista *The Catholic Expositor and Literary Magazine*, que publicaba Varela conjuntamente con otro sacerdote en la ciudad de New York. El primero de los trabajos mencionados, *Essay on the origin of our ideas*, fué comentado hace más de veinte años por Sergio Cuevas Zequeira en la *Revista de Filosofía*, que dirigió en Buenos Aires José Ingenieros. Los otros dos, aunque reseñados frecuentemente, no han podido ser consultados porque no se encontraban en Cuba. Ellos tienen de interesante la afirmación de fe democrática de Varela frente a las aseveraciones de absurdo enaltecimiento de la monarquía que hace Lammenais, de quien se burla con jocosos e incisivos estilos, y al que considera un sujeto ávido

de notoriedad, ejemplo vívido del hombre orgulloso "que cuando no puede ser lo suficientemente conspicuo de una manera corriente... prueba una extraordinaria". Le compara con Rousseau, transcribiendo lo que de éste dijera en sus *Cartas a Elpidio*, que decidido a llamar la atención por sus paradojas, escribe de las ciencias como nocivas al desarrollo de la humanidad. Además, posee esta refutación a Lammenais un capital interés para rehabilitar entre ciertos núcleos de opinión el buen nombre filosófico de Varela. Porque entre los motivos que aduce Adolfo Bonilla San Martín para negarle el agua y la sal de la filosofía al maestro cubano, se halla la de no haber creado ningún sistema. Lo que Varela, casi un siglo antes de que escribiera el ilustre discípulo de don Marcelino, se encarga de deshacer con ideas anticipadas en la materia, al expresarse de la filosofía constructora de grandes sistemas, como paradojas que "no pueden nunca satisfacer la mente, aunque pueden mantenerla en operación constante con vista a satisfacer la curiosidad". Lammenais, que según Varela no posee la verdadera riqueza de pensamiento, en cambio "trata de ser rico en imágenes y figuras retóricas, para esconder su real carencia de poder intelectual". De muchos filosofantes actuales se dirá lo mismo cuando esta guerra termine y sientan los hombres necesidad de apoyar sobre la tierra sus pensamientos, evadidos ahora en la jerga intrascendentemente literaria e irresponsable de una absurda metafísica, que explicándolo todo no explica ni aclara nada. "Un *mélange* de verdad y mentira, de descubrimiento y negación, tirados en el mismo molde por una poderosa pero desviada imaginación", es la divisa de Lammenais, como lo es—según Varela—de Spinoza, Kant y Hegel, a quienes llama "triunvirato de la heterodoxia racional producida por el cartesianismo".

Las notículas del discípulo de Menéndez Pelayo, concebidas en un tardío reverdecimiento de típica e intelectual arrogancia hispana ante la efusión elogiosa de la *Revue Philosophique*, pierden vigencia, ya que el aporte documental muestra que el hablar desenvuelto de Varela en filosofía implica maduración de juicio y directo comercio con el pensamiento que glosa. Compruébese en lo que dijo de Hume, a quien llama hijo de Locke y nieto de Descartes,

que dió nacimiento a Kant, un escéptico, un "demidogmatique" autor de un maravilloso sistema, por la confusión de elementos diferentes, de los cuales emanó el panteísmo germánico.

Afirma Varela que la forma de mística filosófica que constantemente exporta Alemania al resto del mundo especulativo no es otra cosa que un real panteísmo, “que con apariencias de espiritualidad suele identificar a Dios mismo con el mundo material”.

Cierra su acerba crítica a Lammenais con una afirmación de gnoseología psicologista:

Si ningún conocimiento adquirido por los sentidos puede ser “evidentemente cierto”... Si no podemos estar evidentemente seguros de que oímos, y de que leemos, ¿de qué sirve oír o leer?

El *Ensayo en torno a la doctrina de Kant* está dividido en dos partes: una para considerarla desde el punto de vista ideológico (gnoseológico); otra, desde el punto de vista religioso.

Kant aduce que todo su sistema está basado en la experiencia; pero tan pronto nos adentramos en su doctrina del conocimiento, nos encontramos con que la experiencia, “en la forma usada por Kant, es de una naturaleza muy diferente, tiene un significado muy distinto” al usual. Pero Kant afirma “que los sentidos, experiencia, razonamiento, conciencia y cosas similares”, no son “de gran valor para alcanzar la verdad”. Sin embargo no puede probar “ese principio misterioso”, esa trascendentalización o elevación que es a razón pura, ni cómo se alcanza. Y se pregunta: ¿qué es en verdad la razón pura? Si preguntamos a los kantistas si este principio “debe ser considerado como las ideas puras de Descartes, nos contestarán: No, de ninguna manera. Y será esa su cumplida respuesta, afirma Varela, “porque esto privaría al sistema de su novedad y al inventor de su fama”.

Se burla de Kant y de sus diferenciaciones conceptuales, que son falsas y absurdas como su terminología. Kant, que no considera las sensaciones al efecto del conocer, admite, empero, la sensibilidad, y aunque no puede apuntar la diferencia que existe entre una y otra, por cuanto la segunda no es más que una abstracción de la primera, “enseña que no tenemos ideas del objeto en la naturaleza, pero que lo vemos todo en nuestra alma”.

De querer esto solamente decir—afirma Varela—, que no hay nada en los cuerpos similar a nuestras ideas, porque éstas son espirituales, o que las representaciones más cercanas—si es que se puede usar la palabra—, que el alma tiene de los objetos son las ideas, no habrá dificultad, porque todo filósofo diría y ha dicho lo mismo.

Por eso, —concluye—, el kantismo puede ser definido como lo ha hecho cierto anónimo profesor: “Un idealismo trascendental y un empirismo real”.

La segunda parte de la impugnación a Kant se contrae, tras un minucioso análisis de los fines a que conduce su doctrina, a acusarlo en última instancia de llevar el mundo al panteísmo y consecuentemente a la destrucción de toda religión.

Varela escribió sobre Kant veinte años antes que Alberto Lange se erigiese en Marburgo corifeo del neocriticismo. Si nosotros hacemos recuento de lo que impugna nuestro filósofo del Kant aún no escardado, comprobaremos hasta la saciedad su claro y bien sentido criterio, que es en parte idéntico al del “positivismo de los sabios”—Bernard, Helmholtz, Wundt, Taine, Renan—que no admite más que la realidad de los hechos producidos en la observación y la experimentación, pero que es idealista en cuanto a reconocer que la realidad accesible al conocimiento humano no es en último término más que fenoménica, que los hechos son, como afirmaba Varela nada más que ideas. O sea, “las representaciones más cercanas que tiene el alma de los objetos”.

No sé si he logrado presentaros el cuadro general filosófico donde queda insertado Varela. Es difícil realizar en breve charla aquello que necesita un volumen para explanarse cumplidamente. Muchos puntos quedan intocados, unos por extensos, otros por tratados o por tratar taxativamente en este ciclo vareliano, y alguno por su estricta especialidad, cosa que nos llevaría a apartarnos de la regla de oro de la disertación, que debe ser eminentemente divulgativa. En ciertos momentos de nuestra charla, y porque no ha quedado otro recurso idiomático de que echar mano, hemos tenido que recurrir al tecnicismo filosófico, amén de dar por sabidos ciertos problemas elementales para el estudiante de filosofía. No ha sido intención nuestra abrumaros; sólo hemos aspirado a precisar una gran figura cubana dentro de un género de disciplina fundamental donde Cuba ha dejado de brillar desde los inicios del presente siglo. Pero me sentiría feliz y recompensado, si se han hecho evidentes ciertas verdades, que pueden reducirse a pocas aseveraciones. Serían éstas la de estar influido el pensamiento de Varela por una filosofía esencialmente no católica, materialista, pero sí la más científica y exacta de su tiempo, y que dentro de esa filosofía

en que estructura su hacer pensante, se halla muy lejos de querer comprometer sus convicciones fideístas. Porque era Varela un espíritu liberal y sabio que concebía al verdadero filósofo, como “aquel que sólo busca la verdad y la abraza luego que la encuentra, sin considerar de quienes la recibe”.



Véase para mayor amplitud del tema, mi obra *Varela y la reforma filosófica en Cuba*, La Habana, 1942.

INDICE

PÁG.

Nota preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	5
Varela, más que humano, por <i>Francisco González del Valle</i>	7
Valoración filosófica de Varela, por <i>Miguel Jorrín</i>	27
Posición filosófica de Varela, por <i>Antonio Hernández Travieso</i>	41



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA